









La estética del relámpago



De mujeres



Felipe Garrido

La estética del relámpago



De mujeres

Universidad Autónoma de Nuevo León



# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE NUEVO LEÓN  
Secretaría de Extensión y Cultura

Jesús Ancer Rodríguez  
*Rector*

Rogelio G. Garza Rivera  
*Secretario General*

Rogelio Villarreal Elizondo  
*Secretario de Extensión y Cultura*

Celso José Garza Acuña  
*Director de Publicaciones*

Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías  
Alfonso Reyes 4000 norte, Planta principal  
Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64440  
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095  
e-mail: publicaciones@uanl.mx  
Página web: [www.uanl.mx/publicaciones](http://www.uanl.mx/publicaciones)

Primera edición, 2013

© Universidad Autónoma de Nuevo León

© Felipe Garrido

Reservados todos los derechos conforme a la ley. Prohibida la reproducción total y parcial de este texto sin previa autorización por escrito del editor.



## Una forma de agradecer

Para dar respuesta a mis cartas, para colmar los zapatos cada año puestos al pie de la ventana, muchas veces, a lo largo de mi vida, los Reyes Magos se han servido de los más diversos agentes. Así, este pasado 10 de enero –no son muy puntuales conmigo-, al abrir la computadora encontré un correo no de Melchor y compañía, sino de mi amigo y compañero de andanzas editoriales, el doctor Celso José Garza Acuña –Pepe Garza en momentos de menor solemnidad-, para informarme que la Universidad Autónoma de Nuevo León, al través de la Dirección de Publicaciones de su Secretaría de Extensión y Cultura, había decidido otorgarme el Reconocimiento al Mérito Editorial Universidad Autónoma de Nuevo León 2013. En seguida me rebalsó la gratitud hacia la UANL, hacia su rector –el doctor Jesús Ancer Rodríguez-, hacia su director de Publicaciones, y también, justo es decirlo, hacia los Magos de Oriente, que alguna intervención habrán tenido en esto.

De los Reyes –incluido don Alfonso- siempre he sido devoto. A la Universidad Autónoma de Nuevo León, en las últimas tres décadas me han venido

uniendo, cada vez más estrechamente, conferencias, talleres, cursos, seminarios y proyectos sobre la lectura y la escritura, y también sobre otros temas, como el polígrafo mismo, el *Quijote*, Garfias, *Pedro Páramo*, el gusto por la poesía, el oficio y el papel del traductor, la necesidad de contar con maestros y profesores que sean lectores. Parte de esta creciente red de vasos comunicantes han sido las coediciones con la Universidad que he podido pactar desde diversas instituciones y empresas, las cuales incluyen tres libros recientes de los que soy autor: con la Cátedra Raúl Rangel Frías, *Las puertas de la catedral* (2009) –la de Monterrey, se entiende, que le fueron donadas por un tatarabuelo mío-; y con Jus, el INBA y el Conaculta, *El apóstol y otros cuentos de la Revolución* (2010) y *La patria en verso* (2012).

Una distinción como la que me ha dado la Universidad Autónoma de Nuevo León siempre es una sorpresa porque es algo que no se ha buscado, que es fruto de una mirada solidaria sobre el trabajo que uno ha realizado a lo largo de muchos años, sin atribuirle ningún mérito especial. Recibirla es un honor que me llena de alegría, me hace tomar mayor conciencia de lo que hago y me impulsa a trabajar con ánimo redoblado, para merecerla más. No encuentro mejor forma de agradecerla.

\*

La huella más visible y perdurable del reconocimiento que recibo es la publicación de este libro: singular y encomiable manera de celebrarlo. Hace falta que diga algo sobre cómo está compuesto.

Yo he editado revistas y libros; he diseñado, coordinado y dirigido colecciones y programas editoriales durante toda mi vida. En lo personal, he preparado numerosas antologías. He traducido, escrito y publicado artículos, prólogos y ensayos sobre historia, literatura y artes plásticas; libros de historia; libros de texto –de español, historia y literatura-; cuentos para niños, libros sobre la lectura y la escritura, manuales para apoyar el trabajo de los promotores de lectura... Sobre todo, he escrito cuentos cortos.

Hace treinta años que los publico regularmente en periódicos, y *Conjurados*, un libro de cuentos cortos que Jus publicó en 2011, me valió el año siguiente el Premio Xavier Villaurrutia de Escritores para Escritores.

A pesar de que los textos breves –cuentos, fábulas, poemas en prosa, semblanzas, aforismos, viñetas, estampas, chistes y otros, hasta llegar a las meras ocurrencias- gozan de un auge universal, se ha trabajado poco en su análisis. El discurso que leí en la Sala Ponce, del Palacio de Bellas Artes, la noche en que recibí el Premio Xavier Villaurrutia es un intento de plantear el asunto. Aquí se incluye; “La estética del relámpago” constituye la primera parte de este libro. La segunda se titula “De mujeres”, y consta de setenta y siete cuentos cortos, muchos de ellos publicados antes en *Mentiras Transparentes*, la columna que desde 2005 publico quincenalmente en *La Jornada Semanal*.

Una razón para publicar estos cuentos cortos es verificar si lo que se dice en “La estética del relámpago” queda sustentado por lo que he escrito. Si todos

ellos se refieren a mujeres es porque a lo largo del tiempo la fascinación por las mujeres, las dadoras de vida, ha sido un rasgo central de todas las culturas y todas las artes, y ha ocupado innumerables desvelos de escritores y escritoras. Los setenta y siete cuentos recogidos aquí son una parte de los muchos más que he escrito en mi intento de explorar, de conocer mejor a la mujer.

Tengo la manía de reescribir. Y estos setenta y siete cuentos han sido reescritos. Son los cuentos que publiqué y son a la vez cuentos nuevos, más breves, más contundentes; quisieran, como el meteoro, deslumbrar al lector.

# La estética del relámpago



Señoras y señores:<sup>1</sup>  
Antes que nada, mi reconocimiento a doña Alicia Zendejas, a la Sociedad Alfonsina Internacional, al Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, al Instituto Nacional de Bellas Artes por su resuelto empeño para sostener, en el aventajado lugar que desde hace cincuenta y siete años ocupa, el Premio Xavier Villaurrutia de escritores para escritores.

Recibirlo es un alto honor. Me congratulo por que tal haya sido la decisión del jurado; es decir, de Silvia Molina, Ernesto de la Peña e Ignacio Solares. Recibirlo ha significado que me roce la felicidad; por el premio mismo y por los cientos de llamadas telefónicas y de correos con que tantos amigos, muchos de ellos escritores, me han manifestado su aprobación. Gracias a Teresa Vicencio, a Silvia Molina y a Vicente Quirarte, por sus palabras esta noche. Gracias a Iñaki Garrido, mi hijo, por sus viñetas, y

---

1 Discurso leído en la Sala Manuel M. Ponce, del Palacio de Bellas Artes, el 24 de abril de 2012. México, Distrito Federal.

a Jus por la hermosa edición de *Conjuros*. Gracias a ustedes por su grata compañía.

\*

Tengo exacta noticia de cuándo y cómo empecé a escribir cuentos cortos. En enero de 1984, cuando Sergio Galindo dirigía su Departamento Editorial, la Universidad Veracruzana publicó mi libro *La urna, y otras historias de amor*. El primero de los seis relatos que incluye, el más extenso, el que da nombre al libro, tiene veintitrés páginas. “Una carta”, que lo cierra, no llega a tres. Permítanme leerlo:

Querido Sebastián:

Me habría gustado escribirte antes, pero llegué muy cansada. El camino es largo, lleno de curvas. Una sierra áspera, sin sombras. Te recuerdo canturreando en la carretera, haciendo cuentas entre el reloj y el velocímetro; cuentas que jamás resultan porque luego uno encuentra que alguien vende fruta o miel o macetas a la sombra de anuncios de cerveza oxidados. Te habría gustado manejar. Desde lo alto, donde empiezan los verdes del descenso, descubrirlo de nuevo, el doble horizonte azul.

Más te habría gustado este lugar. No alcanza la vista para abarcar la bahía. Un pueblo encajonado entre montañas que parecen a punto de caer al mar.

Saldríamos a caminar en las mañanas, en la neblina, descalzos, con un poco de frío. Pasa un rato antes de que el sol caliente. Mejor. No voy



a quemarme. Aquella vez, ¿te acuerdas? ¿En Teocolutla? Te quedaste dormido en la playa. Ya no pudimos salir. No aguantabas la ropa. Desnudo te la pasaste, tendido en la cama. ¿Qué era lo que te untaba? Yo veía el mar. Verde botella, verde turquesa, verde limón. Más te gustaría este cuarto de ahora, con sus equipales, con su terraza sombreada por las palmas.

Busco en mi cuerpo las huellas de tus manos. Habría sido bueno que vinieras. Lo pienso mientras veo una gaviota que el viento ha arrastrado tierra adentro, muy alto, sobre los platanos y los papayos que crecen adormecidos en el sopor del día tibio, húmedo y gris.

La mujer estaba en una terraza; en la mesa se veían unas hojas de papel, un cenicero, un estuche de anteojos, un libro en el que utilizaba como marcador un sobre de correo aéreo. Había escrito con un plumón azul. Su letra era grande y desigual. Alzó el rostro y miró el mar. En la playa había gente tendida en sillas de lona. Mordisqueó el plumón, pero no encontró nada más que escribir. Dobló la hoja en tres, alisando cada doblez contra la mesa. Sus manos eran hermosas. Con el mismo cuidado fue rompiendo el papel, varias veces, siempre por la mitad. Después lo alzó en las manos abiertas y dejó que la brisa se lo llevara.

“Una carta”, que fue escrito en 1982, me parece ahora un texto excesivo. Si lo escribiera en estos días le ahorraría al lector la carta, que es por ella misma otra historia y que no tiene importancia para lo que me interesa narrar. A estas alturas contaría sólo cómo

una mujer rompe algo que acaba de escribir. Un cuento corto –lo dijo Vicente Quirarte en la presentación de *Conjurados*– es apenas la punta del *iceberg* y más vale que el autor no busque mostrarlo entero. Al lector le corresponde intuirlo, y a veces descubrirlo. Este texto ya no se titularía “Una carta” sino tal vez “La brisa”, y sería escandalosamente más breve:

En la mesa había unas hojas de papel, un cenicero, un estuche de anteojos, un libro en el que utilizaba como marcador un sobre de correo aéreo. La mujer tenía una letra grande y desigual. Alzó el rostro y miró el mar. En la playa había gente tendida en sillas de lona. Mordisqueó el plumón, pero no encontró nada más que escribir. Dobló la hoja en tres, alisando cada doblez contra la mesa. Sus manos eran hermosas. Con el mismo cuidado fue rompiendo el papel, varias veces, siempre por la mitad. Después lo alzó en las manos abiertas y dejó que la brisa lo dispersara.

Un cuento corto no tolera adiposidades. Toda palabra que no sea indispensable, sobra. Un cuento corto busca una expresión exacta, aun para expresar la ambigüedad. La brisa no puede llevarse *el papel*, que no es ya uno; *dispersa* los pedazos en que ha quedado convertido. No hace falta saber a quién ni qué escribió esa mujer, ni por qué lo rompe. Todo eso que ignoramos –yo soy el primero que no lo sabe– es un espacio abierto a que intervenga otro. En un cuento corto es más evidente que nunca la necesaria complicidad del lector.

Los conocimientos, la experiencia del mundo, el interés que cada lector tenga en hacerse coautor de lo que lee, hacen posibles relatos como “A Circe”, de Julio Torri:

¡Circe, diosa venerable! He seguido puntualmente tus avisos. Mas no me hice amarrar al mástil cuando divisamos la isla de las sirenas, porque iba resuelto a perderme. En medio del mar silencioso estaba la pradera fatal. Parecía un cargamento de violetas errante por las aguas.

¡Circe, noble diosa de los hermosos cabellos! Mi destino es cruel. Como iba resuelto a perderme, las sirenas no cantaron para mí.

O “La Venus de Milo”, de Salvador Novo:

¿Qué cómo, en fin, tenía yo los brazos? Verá usted: yo vivía en una casa de dos piezas. En una me vestía y me desnudaba. Y siempre ha habido curiosos que se interesan en ver. Ahora me quieren ver los brazos. Entonces querían verme lo que usted ve. Y yo, en ese momento, trataba de cerrar la ventana.

O “La Fe y las montañas”, de Augusto Monterroso:

Al principio la Fe movía montañas sólo cuando era absolutamente necesario, con lo que el paisaje permanecía igual a sí mismo durante milenios.

Pero cuando la Fe comenzó a propagarse y a la gente le pareció divertida la idea de mover montañas, éstas no hacían sino cambiar de sitio, y cada vez era más difícil encontrarlas en el lugar

en que uno las había dejado la noche anterior; cosa que por supuesto creaba más dificultades que las que resolvía.

La buena gente prefirió entonces abandonar la Fe y ahora las montañas permanecen por lo general en su sitio.

Cuando en la carretera se produce un derrumbe bajo el cual mueren varios viajeros, es que alguien, muy lejano o inmediato, tuvo un ligerísimo atisbo de Fe.

O “Lot”, de Olga Harmony:

¡Qué tedio puede llegar a padecerse al lado de un justo! Todos se divierten en Sodoma, menos en esta familia en la que tanto se teme al pecado.

Y exasperada, la mujer de Lot prosiguió su soliloquio: ¿Es que nada vendrá a darle sabor a mi vida?

O lo que sigue, de Carlos Monsiváis:

Y, fuera de esto, señora Lincoln, ¿disfrutó usted de la obra?

En estos cuentos cortos hay una historia anterior. Para que el lector pueda entenderlos y disfrutarlos hace falta que la conozca. Debe saber quién se dirige a Circe y qué ocurrió luego; recordar cómo es la Venus de Milo, los versículos 18 a 22 del Evangelio según San Mateo, la historia de la mujer que terminó convertida en una estatua de sal y cómo fue asesinado Abraham Lincoln.

Un giro imprevisto, una conclusión deslumbrante, un final inesperado siempre se agradecen en una obra de arte, pero en el cuento corto son casi un requisito. La estética del cuento corto, ya puedo decirlo, es la estética del relámpago.

La estética de un cuento largo, más aún la estética de la novela tienen la luz de periodos de tiempo más prolongados; un amanecer, un día entero, aun la sucesión de algunos días. Los lectores de narrativa más o menos extensa están acostumbrados a esos cambios de matices; a un ritmo, una respiración, un paso que se prolonga en el tiempo; no a la explosión de un instante. Los lectores de cuentos largos y de novelas no siempre pueden ni saben soportar el deslumbramiento que representa la lectura de un cuento corto.

\*

“Una carta” fue mi primer cuento corto. En los meses siguientes escribí otros más breves. Buscaba reducir una historia a su mínima expresión. Las imaginé entonces, y las sigo imaginando ahora, casi siempre, a partir de su final. Lo primero que yo sé de un cuento corto es cómo va a terminar. Luego, el asunto es encontrar un buen camino para llegar a ese final.

Cuando tuve siete u ocho de estos cuentos cortos se los llevé a Huberto Batis. Me propuso que los fuéramos publicando, uno por semana, en *Sábado*, el suplemento de *Uno más Uno* que él dirigía, junto con Fernando Benítez. Mientras iban apareciendo los primeros fui escribiendo otros. A partir de junio de 1984 mi columna, “la Musa y el Garabato”,

apareció durante casi siete años. (Debo confesarme culpable de dos series más. La Primera Enseñanza, también en *Sábado* -1996-1997-, y Mentiras Transparentes, que desde 2005 aparece quincenalmente en *La Jornada Semanal*, gracias a la hospitalidad de Hugo Gutiérrez Vega, Luis Tovar y Francisco Torres Córdova.)

Hace, pues, virtualmente treinta años, me incorporé a la milenaria tradición de contar textos breves. Una parte de los que aparecen en *Conjurios* pudieron leerse antes en los suplementos que he mencionado y en cuatro libros: *Garabatos en el agua*, que Rogelio Carvajal publicó en Grijalbo en 1985; una antología de Joaquín Armando Chacón para la serie Material de Lectura de la UNAM, en 1991; *la Musa y el Garabato*, del Fondo de Cultura Económica, con la que celebré mis cincuenta años de vida en 1992, y *La primera enseñanza*, de Aldus, en 2002.

\*

Una frase ingeniosa, una metáfora, una imagen pueden compartir la vocación del relámpago, pero no son cuentos cortos. Sirvan de ejemplo cuatro greguerías de Ramón Gómez de la Serna:

La luna necesita gatos.

Una perla entre los senos, como un separador en un libro.

Los ojos sin tiempo de las estatuas.

Los trenes siembran melancolía.

Tan cercana esta última a los versos que leo ahora,  
de Xavier Villaurrutia:

*Silbatos*

Lejanos, largos

-¿de qué trenes sonámbulos?-,  
se persiguen como serpientes,  
ondulando.

Voy ahora a otra greguería. A diferencia de las anteriores, ésta es un cuento cabal; es decir, un relato donde hay al menos un personaje que afronta un conflicto:

Enceraba el piso con esmero, a ver si resbalaba la patrona.

No tengo nada contra las viñetas, los chistes, los poemas en prosa ni las ocurrencias, pero en mis textos breves he procurado ceñirme cada vez más al cuento. De alguna manera, es un reto que me he impuesto. Cuentos son la mayor parte de mis *Conjurados*, así puedan a veces encontrarse en ellos rasgos que se inclinan hacia los arrebatos líricos propios de los poemas en prosa. Como en el siguiente “Nocturno”:

-Hace tanto tiempo –me dijo al oído, jadeante todavía, y se acodó a mi lado, desnuda como el viento.

Sombras sobre sombras; una línea de luz en las caderas. Sus ojos brillaban en secreto. Comencé a besarle las axilas; bajé a mordiscos por el perfil de luna; me detuve en las corvas; la escuché suspirar.

-Sígueme soñando –le supliqué-. No vayas a despertar.

O en “Dama de luz”:

Luego me dijo que se iba un rato a la playa. Me guiñó un ojo. Se calzó las sandalias. Se ajustó los tirantes. Abrió las cortinas y se volvió de oro y sombra. Cerró los ojos deslumbrada. Tropezó con la mesa, tiró la botella de agua, lanzó un gritito, se rio cubriéndose la boca con las manos enjovadas, trajo una toalla y me vio un momento como si fuera a decir algo, pero el canto de las cigarras la intimidó. Se miró en el espejo por delante y por detrás y después de lado mientras aspiraba hondo, parada de puntas, y se le dibujaron las costillas. Se puso una falda de manta y los lentes oscuros. Al llegar a la puerta me tiró un beso. Nunca la volví a ver.

\*

La elipsis, la ironía, la paradoja, la intertextualidad, las referencias a personajes históricos y mitológicos son recursos frecuentes del cuento corto. Al igual que los poemas, estos textos aspiran a decir más con menos palabras, y toda mi vida he sido un voraz lector de poetas. Si recuerdo a mis maestros, al lado de Torri, Arreola, Rulfo —que no practicó el cuento corto pero sí la economía de las palabras—, Monterroso, Cortázar, Elizondo, De la Colina... debo mencionar a López Velarde, Pellicer, Chumacero, Owen, Lizalde y por supuesto a Villaurrutia.

De este último cito unas líneas que puedo suscribir como un manifiesto. Hace un momento dije que “en mis textos breves he procurado ceñirme cada vez más



al cuento”. Debo decir que, al mismo tiempo, me he afanado por seguir lo que aquí propone Villaurrutia:

La obra de un poeta no vale sino en la medida que lleva consigo, al mismo tiempo y en el mismo grado, lo inexplicable y lo explicable. En manos del poeta el lenguaje no es sólo un instrumento lógico sino también un instrumento mágico. Pero el poeta deja de ser poeta en el momento en que sacrifica el poder mágico de la palabra a la significación usual, y también deja de serlo en el momento en que sacrifica la significación usual al poder mágico. El círculo del poeta no es pues un círculo lógico únicamente; tampoco es únicamente un círculo mágico, sino la combinación y la superación de estas dos potencias antagónicas del lenguaje: la potencia lógica y la potencia misteriosa.

\*

El aspecto mágico de los cuentos cortos, su potencia misteriosa, los aproxima a ser fórmulas prodigiosas, invocaciones, conjuros.

Hay por lo menos dos de los míos que han probado ser eficaces. Uno se titula “El lago”. Lo escribí alguna noche en que no tenía a mano ningún final que me convenciera, y debía entregar mi colaboración al día siguiente. En esos casos, lo que hago para escribir es tomar una frase que me guste y dejar que unas palabras vayan llamando a otras. “¿Qué pasa contigo?” La frase me llenó el oído. Me convenció.

Fue la elegida. ¿Quién la pronuncia? ¿A quién se dirige? ¿Qué consecuencias tendrá? Lo leo en seguida:

-¿Qué pasa contigo? –pregunta mamá y alza las cejas porque de nuevo traigo mojados los zapatos.

“Estuve jugando en la orilla del lago”, pienso que voy a decir pero mejor me quedo callado porque ella nunca lo ha visto y cuando le digo eso se enfurece o se pone triste o me mira como uno ve cuando ya no tiene palabras para decir lo que quiere.

-No me di cuenta –digo, pues, aunque sé que es mentira y que no explica nada. Mamá me mira con los brazos cruzados, con los dientes apretados, mordiendo palabras que no quiere soltar.

-Ayer fue lo mismo. ¡Todos los días! –dice al fin, y pasa frente a mí, se sienta a la mesa, comienza a revisar los papeles que trajo de su changarro, como ella dice cuando se ríe. Me gusta la risa de mamá. “Ven a ver el lago”, quiero decirle. Pero no me atrevo. Me quedo de pie, viendo cómo revisa los papeles, cómo lleva cuentas en su libreta, como se quita los zapatos con los pies, sin suspender lo que hace.

-¿Qué esperas? –me pregunta sin alzar la vista- ¿No vas a cambiarte?

“Ven conmigo –quiero decirle-. El lago es bellísimo y peligroso. No me dejes ir solo.” Pero las palabras se me quedan en la cabeza, mientras la veo fumar.

-Vas a resfriarte –me dice subiendo el tono de voz- ¡A quién se le ocurre! ¿Qué esperas? Sube a cambiarte –y entonces sí levanta la cabeza y me

mira. Yo clavo en los suyos mis ojos, para que comprenda todo eso que me gustaría decirle. Pero ella vuelve a sus papeles. Doy media vuelta. Subo por la escalera. Recorro el pasillo. Llego a mi cuarto. Oigo el radio, abajo, porque mamá acaba de encenderlo. Me pongo de puntas y abro la puerta.

Entonces lo veo, enorme y verde, con altas nubes blancas por encima. Con yucas, jacarandas y papiros; con serpientes, elefantes y caballos. Me lleno las narices con el aroma de las flores que crecen en el agua; me lleno los oídos con los gritos de animales que no alcanzo a ver. Me quito los zapatos. Me desnudo. Siento en las piernas el agua tibia y espesa. Avanzo sin volver la vista. Cuando pierdo fondo comienzo a nadar, hacia el frente, con todas mis fuerzas, porque no quiero nunca, nunca, nunca regresar.

El cuento apareció en *Sábado*. Dos o tres semanas después, se presentó en mi oficina –en el Fondo de Cultura Económica– una mujer joven, decidida. “¿Usted escribió esto?”, me preguntó mientras me extendía el recorte de mi cuento. “Me costó trabajo encontrarlo”, me dijo cuando asentí, y siguió adelante: “Tengo dos hijos, estoy divorciada, no me alcanza lo que gano, así que me llevo trabajo a casa los fines de semana. El otro día saqué mis papeles, me acomodé en la cocina, pero... antes de empezar, como era temprano y había llegado el periódico, me hice un cafecito, encendí un cigarro y me puse a leer. Me encontré su cuento. Cuando terminé de leerlo guardé mis cosas, subí por mis hijos y me fui

con ellos a Chapultepec. Sólo quería contárselo. Ya no quiero trabajar los fines de semana”.

Nunca he vuelto a ver a esa mujer, tan generosa como para haberse tomado el trabajo de encontrarme. Hasta el último de mis días le guardaré gratitud. Me hizo sentir mía la aspiración de Villaurrutia:

¡Seré polvo en el polvo y olvido en el olvido!  
Pero alguien, en la angustia de una noche vacía,  
sin saberlo él, ni yo, alguien que no ha nacido  
dirá con mis palabras su nocturna agonía.

En todo caso, está claro que “El lago” es un conjuro que resultó eficaz. El otro del que me consta su utilidad probada abre el libro; es el “Conjuro primero”:

De una inscripción en la arena, abandonada al viento: “...te convoco y te condeno a que no puedas cerrar los ojos sin verme, abrir los labios sin llamarme, saciar la sed sin sentir en tu boca la mía, tocar tu cuerpo sin creer que me acaricias, doblar una esquina sin la esperanza de hallarme, alzar el teléfono sin oír en mi voz tu nombre, abrir un libro sin leer estas palabras, porque el único amor que me hace falta es el tuyo, y lo necesito de esta manera desmesurada en que yo...”

Prueba de su eficacia es la historia de amor que día con día, esforzada, tenaz y apasionadamente hemos ido anudando doña Sonia y yo —éste es el primer texto que puse en sus manos—; prueba de su eficacia son las muchas veces en que, con o sin mi

consentimiento, me ha sido plagiado –hasta donde sé, con buenos resultados-. Todos ustedes que ahora me escuchan quedan autorizados para tomarlo y firmarlo como propio.

Algunos conjuros convocan a los espíritus propicios para llegar al resultado que se espera. Otros los ahuyentan, operan en forma inversa; se leen para que los males que describen no nos toquen. Uno de ellos es “Despierta”:

-¿Qué tiene? –preguntó el hombre, en calzones, de pie al lado de la cama.

-Así duerme –contestó la mujer, en camisón, sentada junto al niño que se revolvía quitándose las sábanas y el cobertor.

-¿Está enfermo? –preguntó el hombre bostezando, tallándose los ojos.

La mujer se inclinó y tocó la frente del niño con los labios. Lo besó y apartó la cara alzando los hombros para decir que estaba fresco.

-Así es siempre –insistió-. Tú no te das cuenta porque nunca te despiertas de noche. Pero yo siempre le doy sus vueltas. Vengo a verlo. Estoy acostumbrada.

El niño se volvió hacia la pared y agitó las manos. Tenía los dientes apretados y movía los labios, pero sin abrir la boca. La mujer le pasó una mano por la frente sudorosa y quiso arroparlo, pero él alzó las rodillas y se sacudió las sábanas.

-Estará soñando –dijo ella.

-No será un buen sueño –dijo el hombre-, mira cómo se agita.

La mujer se puso de pie.

-¿Lo despertamos? –preguntó el hombre.

-Déjalo, así es siempre –dijo la mujer, con ganas de irse a dormir.

-Pobrecito. Vamos a despertarlo –propuso el hombre.

La mujer volvió a sentarse en la cama. Apoyó una palma en el pecho del niño y comenzó a moverlo suavemente, como si lo arrullara.

-Hijo, hijo –susurró.

-Vamos, campeón, abre los ojos –dijo el hombre con voz animosa.

-Hijo –insistió la mujer.

El niño abrió los ojos. Vio a sus padres inclinados sobre él. Apretó los puños y comenzó a llorar. La pesadilla había comenzado.

Espero que nunca, jamás, ninguno de ustedes descubra, al abrir los ojos, que ha despertado a una pesadilla. Espero que este conjuro los proteja.

Muchas gracias.

De mujeres





## Demonio

El rey tuvo un hijo. Los médicos le advirtieron que si no lo encerraba hasta que cumpliera diez años en algún sitio al que no llegara ningún rayo de sol ni de luna, el niño quedaría ciego. El príncipe fue recluido en un subterráneo. Cuando fue tiempo de que saliera, el rey ordenó a sus criados que lo fueran enfrentando con el mundo. Empezaron a mostrarle piedras preciosas, caballos, perros y otros animales, armas y vestidos magníficos, e infinidad de cosas, y fueron respondiendo a sus preguntas, de manera que aprendiera todo aquello que debía saber.

Un día el muchacho vio a una mujer. Y preguntó, como siempre, qué era, para qué servía, cómo se llamaba. Uno de los criados, agrio y solemne, le dijo:

-Eso se llama demonio. Su tarea es seducir a los hombres y provocar su perdición.

Poco después el rey fue a ver a su hijo y le preguntó qué era lo que más le había gustado.

-El demonio, padre. El demonio que seduce a los hombres es lo más hermoso que he visto. [De las historias de san Barlaán para el príncipe Josafat.]

## Carencias

Una mujer tenía una casa algo más que modesta, un jardín con rosales y duraznos, siete armarios llenos de manteles, siete vajillas de siete colores, una despensa surtida y un marido fiel. Pero en su corazón era desdichada porque era muchísimo más lo que no tenía. Y a veces esa congoja le iba subiendo hasta que le ponía los ojos de tormenta, le erizaba los cabellos, le llenaba la boca de quejas. Y entonces nada la consolaba: ni los rosales ni los duraznos ni los manteles ni las vajillas ni su esposo –y menos cuando roncaba-... Hasta que un día, agobiados de oírla, los rosales se cubrieron de plaga, los manteles palidieron, alguna vajilla se quebró, el marido se fue agostando... Y la mujer, en lugar de salvar lo que era suyo, seguía pensando en todo lo que no tenía. [De las historias de san Barlaán para el príncipe Josafat.]

## Mariel

Nadie, en toda la cuadra, era tan buena para el avión como mi prima Mariel. Ni siquiera yo, que le llevo dos años. Después de hacer las tareas, jugábamos en la calle hasta que se hacía de noche. Al final quedábamos sólo las dos. Mariel tenía un pulso perfecto para tirar la teja, y unas piernas flexibles, flacas, como de gata, con las que saltaba más que nadie, y caía siempre con los pies fijos, clavados en el suelo. Yo me sentía infeliz; la detestaba. Un día, mi tío tomó un trabajo en México. La tarde anterior Mariel, como siempre, nos ganó a todos. La abracé y le dije –con lágrimas– que me dolía que se fuera... pero estaba feliz. Desde entonces nadie puede ganarme. Soy siempre la única que llega a la gloria. Pero tampoco soy feliz. Extraño a Mariel. Es a ella a quien quiero ganarle.

## Sombreros

Mi abuela es una dama, le digo. Incapaz de salir a la calle sin guantes y sombrero. Tiene gustos muy personales y es imposible regalarle algo que la deje contenta. Ahora que vino a México me atreví a obsequiarle un sombrero. Me dijo que le encantaba, pero siguió poniéndose el que había traído. Tres días después, le digo, la convencí de que fuéramos a cambiarlo. No me acuerdo a dónde la llevé, pero había montones. Mi abuela comenzó a probárselos... siete, ocho, nueve sombreros fueron y vinieron y la dependienta empezó a impacientarse porque mi abuela se los ponía, modelaba frente a los espejos y decía cosas como: “Si estuviera un poquito más levantado de aquí...” O, “¿No lo tendrá en un rosa más oscuro?...” Ninguno le gustaba. Hasta que tomó uno, se lo encajó, volteó a los espejos, ladeó la cabeza, se lo vio de espaldas, de lado, de frente, y la cara se le iluminó: “¡Me lo llevo!” –dijo, y soltamos la carcajada: era el sombrero con que había llegado.

## Irene

Me acuerdo de Irene, en camisón, al mediodía, bajo el tabachín en llamas y los plátanos colgantes. El sol me hacía entrecerrar los ojos, y sé que ella sabía que yo la estaba mirando, porque ella era quien había dejado entreabierta la puerta que daba al patio.

Era oscura, esbelta, descalza, muy joven y cantaba con una voz adelgazada que yo no comprendía. Al borde de la pileta, con una jícara colorada iba cubriéndose con el agua fría y al mojarse el camisón la desnudaba. Los pechos eran pequeños y puntia-gudos. Los cabellos negros; le moldeaban la espalda y le alcanzaban casi las nalgas, rotundas. Luego mi madre nos llamaba a la mesa y ella servía –le escurrían los cabellos– y yo no escuchaba el parloteo de mis hermanas ni lo que mi padre contaba ni los gritos de las guacamayas en el corredor. Yo no podía sostenerle la mirada y sentía batir mi corazón y aspiraba su perfume de mamey abierto.

## Al día siguiente

Al día siguiente la abuela sacó de los vasares de cedro los tesoros de cristal y de barro que la acompañaron durante los largos años que había vivido y montó por su cuenta, sin ayuda, la mesa más vistosa que nadie, jamás, en todos los días de su vida, hubiese visto. Sobre no sé cuántos manteles deshilados y bordados –mitigada, amarillada por el tiempo la fiesta de colores– los altos candelabros vidriados y policromos, las jarras bruñidas, la variedad zoológica de los platos y las tazas, el esplendor frutal de los platonos y las soperas, las espirales de las jarras... Al final de la noche tomó el tabor de su boda y lo dejó caer en el piso de ladrillo y no permitió que nadie recogiera los pedazos ni protestara ni sollozara ni se moviera de su lugar. Brindó en silencio y se retiró sola, sin apoyarse casi en el bastón. En la madrugada siguiente cerró los ojos para siempre.

## Acuclillada

Acuclillada, Amaranta sigue con las puntas de los dedos el perfil de la tinaja. Feria en Tonalá. Estridencia de altavoces y polvo con vocación de cielo. Todo lo quiere Amaranta: los cántaros y los platonés, las vasijas y las macetas, las ollas y los querubines. Todo lo toma, lo alza, lo mide, lo acaricia. Se arrebujá entre las piernas la amplia falda volandera para que no arrastre y va avanzando así, en cuclillas, entre molcajetes y alcancías, jarros, ánforas y comales.

Siempre que una mujer llega a un lugar donde se vende barro hay una fuerza descomunal que la llama desde su infancia y la devuelve al tiempo en que pasaba las tardes perdida con sus cazuelitas, sin que le importe entonces el precio de las cosas ni las arrugas en el espejo ni las guerras ni la globalización ni la sucesión presidencial ni que el Sol se apreste a pasar al otro lado de la Tierra ni que la capa de ozono ni que las estrellas ni que las galaxias ni que los hoyos negros ni que la curvatura del tiempo-espacio...

## Herminia

Herminia era corpulenta, morena, dulce; caminaba despacio. Si mis padres salían de noche se quedaba a cuidarnos. Nos traía cosas de su pueblo: muñecas de trapo, elotes, canicas de barro; sólo para mí, una resortera. Me dijo una noche que mis hermanas ya estaban durmiendo: “Mire, niño, lo que le traje”. Era un bulto de papel periódico; se sentía duro, como huesos. Luego que lo deshice vi una cabecita de coyote, otra de un hombre con orejeras, unos tepalcates y una mujercita desnuda, con los brazos en alto, como si estuviera bailando, los pechos picudos. “Salen en el campo. Se las traje para que las guarde. Y váyase a acostar, que es tarde.” Herminia me mandaba a dormir cuando comenzaban sus programas. La risa del Monje Loco me asustaba, pero yo no cerraba la puerta. Me acuerdo que llovía. Boca abajo, con cuidado, sin hacer ruido, me puse a soñar en esa muchacha que Herminia me había traído.



## Tanto tiempo

La mujer cabeceó y volvió a entornar los ojos. Apoyó la nuca en el respaldo. No entendía bien lo que sucedía en el televisor. Una mujer hermosa, firme, cabello cano, al lado de una ventana; la lluvia escurría. Pero ¿quién era, a quién esperaba, por qué esa angustia? ¿Era esa la misma película que estaba viendo? El sueño la vencía siempre. Luego alcanzaba a ver algo, luego volvía a dormir... Pensó un momento en lo que tendría que hacer al día siguiente y se sintió fastidiada. La abrumaban esos enredos burocráticos. Finalmente todo se simulaba: cantidades, fechas, firmas... Pero sí, por supuesto, era la misma película. El joven, idéntico!, aceleraba en la moto. La mujer erguía la cabeza para ver a la distancia. Los cortes iban de uno a otro, cada vez más breves. Cerró los ojos a tiempo, pero escuchó el estruendo. Tanto tiempo, pensó. Pero le dolía como si acabara de suceder...

## Marías

Dos hondas soledades persiguieron mi adolescencia en San Nicolás. Una era india, pómulos salientes, mirada oscura, apenas púber; olía a menta. La otra, mestiza, mucho mayor. María y yo cruzábamos miradas; nunca nos tocamos. La otra se llamaba también María; en la hora de la siesta, olorosa a caña y a mangos, me llamaba desde alguna de las habitaciones para besarme con lujuria y sin prisa. Por instinto, yo mordía su lengua y estrujaba sus senos.

Los encuentros, fugaces, ocurrían siempre tras alguna puerta en penumbra. Un día nos sorprendimos al fondo del corral. La sentí aturdida, temerosa y brutal, mendicante y esquiva, suave y ávida. Busqué vencerla, pero mi maña no bastó para su resistencia, para su gusto por dejarme al borde.

## Minerva

Treinta años esperé a Minerva. En un tiempo la aguardaba a la puerta de la iglesia, la seguía en la calle, podía pasar la tarde frente a su casa. Su padre detestaba mi timidez y en cuanto hubo un pretendiente serio la casó. Soy hombre cabal. Si antes no le había hablado, entonces menos. Si ella pasaba por mi tienda, yo veía a otros clientes y mis empleadas la atendían. Nada tuvo que reprocharme su familia, y menos su marido. Guardé una soltería impoluta, hasta que enviudó por segunda vez. Cuando la primera, yo estaba en los Estados Unidos; Minerva tenía tres niños y la gente aprobó su matrimonio con un ganadero ocho años menor que ella. Regresé con fortuna, volví a verla y suspiré de nuevo. Para entonces Minerva tenía tres hijos más, y estaba más bella que nunca. Volvió a enviudar y terminado el luto empecé a cortejarla. Nos casamos rodeados por sus hijos y nietos. He ido envejeciendo; veo mal, uso bastón. Ella está rozagante, firme, garbosa. Dicen que espera volver a enviudar.

## Claudina se decide

Mira nomás, me dice Claudina, y no sé qué me muestra pero no hace falta porque antes de que yo pueda decir nada me pregunta “¿Cuánto traes?” y en cuanto lo sabe me dice “Dámelo”. No importa cuánto sea, pues resulta que siempre es justo lo que necesita para adquirir aquello, que poca falta nos hace, creo yo, pero que ella ha buscado por la redondez de la Tierra y de pronto lo tiene y lo abraza y brinca de gozo y luego, media cuadra adelante, lo saca de la bolsa donde se lo pusieron y me pregunta si me gusta, si debemos tenerlo, si no sería mejor llevar aquello otro que tanto ha deseado y en seguida comienza a ver que en realidad lo que compró no es lo que andábamos buscando y me pregunta una vez más “¿Pero de veras te gusta?” Y en ese momento descubre que lo que en realidad quería es lo que dejó y, como de costumbre, vuelve a decirme “¿Cuánto traes?”, y no espera a saber cuánto es porque en realidad no importa, porque ya ha visto que adelante...

## Caos

Y sucede, niña bonita, que apenas te das media vuelta y te subes al automóvil y desde allí –pero te veo a medias, difusa por los reflejos en los cristales–, con un gesto que ya es remoto, vuelves la mirada o alzas la mano o sacudes la cabeza... sucede, te digo, que ya en ese momento te extraño. Veo cómo el carro arranca, se pierde entre otros, cambia de carril, se adentra en el tráfico, ya no lo distingo, ya no sé si es ése que... Y yo alzo la maleta, me palpo la ropa para reconocer el boleto, los documentos, y me pierdo entre la gente que se cruza, se abraza, se encuentra o se despide o ve pasar a los demás. No es que me sienta solo. Sólo que estás cada vez más lejos. Sólo que van a pasar muchos días sin verte y voy ya llevando la medida del tiempo, la cuenta del caos.

## Flores blancas

Téticas puntiagudas, pupilas de abandono, Ruth fue apasionándose hasta quedar enferma. De no haber sido por eso yo seguiría a su lado. Sentía ternura de sus pies desnudos y de las flores blancas que enredaba en su cabellera oscura. Pero su índole la arrastraba a un paroxismo feroz. Si los firmaba una mujer, borraba los correos que me llegaban; se apoderaba de las cartas que yo recibía; de puntillas acudía al teléfono del corredor, al pie del gobelino, para escuchar mis conversaciones; o me negaba aunque yo estuviera en casa, y si salía lo descolgaba. Sentía rencor contra el aire y la luz que me rodeaban; acodada en la cama, vigilaba mis sueños. Luego sucedió aquello. En el cajón, al fondo, entre flores blancas, envuelto en papel estraza –me costó trabajo descifrar su torpe caligrafía: “Cuando te mueras ya nada me dará miedo”– estaba el cuchillo que usaba para degollar los chivos.

## Amores

Desde la ventana podían verlo apoyado en un poste, fumando, en la contraesquina. Una cinta de ceniza clara en el fondo, por detrás de la ciudad, y luces en muchos edificios.

-Dile a tu padre que ya vamos a cenar, que ya se meta.

-Ya se lo dije.

-Mira nomás cómo está flaco. Y cada vez más jorobado, más...

-Más calvo no puede estar.

-Llévale su gorra, por lo menos.

-Va a enojarse. Cree que no lo vemos, que el poste lo tapa. Dijo que iba a comprar café.

La mujer suspiró y se dejó abrazar por el hijo, que la apretó despacito, con cariño.

Una muchacha dobló la esquina. Llevaba un vestido ligero, de color claro, que el aire algo le entallaba.

Desnudos, los brazos marcaban sus pasos firmes, sobre tacones altos.

-Míralo –dijo la mujer.

El hombre dio un paso al frente y caminó en sentido opuesto a la joven. Inclino el cuerpo al saludarla

y siguió, como si fuera a algún lado.

-Ya está -dijo la mujer, sonriente, animada-. Ahora sube. Déjame servir.



## Duelo

Pasando la nogalera según se va para Saucillos, allá por donde se ven ahora esos gansos que vuelan rumbo a la presa, allí está la casa de Tomás Rejano. Nadie lo ha visto en todos estos años, y aun no es seguro que no haya fallecido. Vaya a saber, yo no voy a averiguarlo.

Porque también dicen que está vivo. Que ha pasado todo este tiempo en el salón de la finca, mentado en el rumbo por los candiles y los tapetes y las paredes cubiertas de nogal inglés, en una silla de bejuco. La misma en que Marta Palomino, su mujer, días y noches lo esperaba, cuando Tomás se iba de juerga. La misma en que Marta Palomino, su mujer, escuchó tantas veces la misma promesa.

Dicen que mes y medio anduvo Rejano perdido la última vez, y que al volver la encontró muerta. Dicen que la tendió en el piso, le encendió unos cirios y juró que le cumpliría. Dicen que desde entonces la vela; que no se apartará de su lado hasta que ella le haga saber que lo ha perdonado.

## Rosas

Se quitó la bufanda y tomó el ramo con cuidado, porque la marchanta había amanecido de malas y les había dejado demasiadas espinas. No era temprano, pero quería dejarlas en el florero antes de irse a trabajar. “¿Cree que voy a quedarme sin rosas?”, pensó. Quiso cantar, pero fue solamente el impulso. La mañana –sol y frío– tenía una transparencia tristonera. Mientras atenuaba o esquivaba o sufría los ataques de las puntas, intentó reconstruir la cuenta de los días que se habían escurrido desde entonces. Pero la memoria no le jugaba limpio. Puestas en el vaso de cinabrio las flores no le obedecían. Se le hacía tarde y la prisa le enredó los dedos. Recogió el bolso y las llaves y la cartera y se volvió en la puerta para mirar el ramo, donde siempre. Abrió la puerta pero, en lugar de salir cruzó el pasillo, tomó las flores sin cuidarse de las espinas, entró a la cocina, las tiró en la basura, sacudió la cabeza y comenzó a llorar.

## Pesadilla

Mamá murió cuando yo tenía dos años. En un tiempo me acordaba de su voz. Ya no. Un día papá trajo a otra mujer. Ella rompió fotos, pintó las paredes, cambió los muebles, borró toda huella de mi madre. En las noches, apenas llegaba papá yo corría a abrazarlo, y ella en seguida me decía, con una vocecita hipócrita, *Tu papá viene cansado, no le des lata*. Y me mandaba a dormir. Él no decía nada, me soltaba, no me defendía. Aquella mujer lo tenía vuelto un idiota. Luego nacieron los hijos de ella. Yo no podía tocar nada que fuera suyo, no podía mirarlos. Comencé a odiarlos. Ahora tengo nueve años. Hoy, al salir de la escuela, no tuve ganas de llegar a la casa. Comencé a caminar por la calle. No sé a dónde ir, no sé cuánto tiempo ha pasado, no sé dónde estoy. Ya se prendieron los faroles. Yo sigo caminando. No quiero llorar porque no quiero que nadie se dé cuenta de que estoy perdida. Estoy cansada, tengo hambre, quiero morirme.

## Al alba

Bajo las sábanas deshago el ovillo de mi cuerpo, adelgazo la respiración y me concentro en el anunciado peso de la luz. Me someto a su esperanza y lo disfruto por adelantado. Una claridad va descendiendo desde el tragaluz, flanqueada por las jacarandas. Una claridad llena de trinos, más suave que el suave resplandor que irradia mi cuerpo. Una claridad que anuncia tu mirada, tu aliento, tu tacto. Una claridad como de agua, que se irá desbordando. Soy feliz. Junto todos los instantes hermosos que me ha tocado vivir, y hago con ellos un ramo para ponerlo junto al espejo, al lado de la ventana; para vestirme el alma; para exorcizar toda forma de dolor. Más que verte, te imagino. Lamo tus pezones para tornarte a la vida. Somos sólo dos cuerpos que esperan el alba.

## Tiempo de calor

-¿Otra vez? –preguntó Cristina, entre sueños.

-Son los de arriba –le dije a media voz, atormentado por el calor y el sueño.

-No, Chato, es aquí; en el baño del pasillo.

-¿Dejaste abierta las llaves?

-¿Cómo crees? Es la regadera. Clarito se oye.

El despertador marcaba las 3:24. La calle estaba desierta. El cielo despejado, con algunas estrellas. Nada sino el rumor del agua se oía en el departamento.

-Será otra cosa –dije de pie, mientras tardaba más de lo que hacía falta. Salí sin decir nada. Hacía tanto calor que no me puse el saco del pijama. La duela del corredor crujía. Con las palmas extendidas me sequé el sudor de la frente y el cuello.

Un instante antes de que llegara al baño cesó el ruido del agua; estuve a punto de regresar, cuando vi un filo de luz al pie de la puerta.

Una mujer esbelta y desnuda se miraba en el espejo. Se volvió hacia mí sobresaltada, cubriéndose con la toalla. Cruzamos las miradas con

intensidad. El cabello mojado le caía a los lados del rostro pálido y afilado. Cuando se dio cuenta de que el espejo me dejaba ver toda su espalda, sonrió con picardía. Cerré la puerta e intenté abrazarla, pero ella me esquivó.

-Hace tanto calor –me explicó, con voz de arena, y corrió hacia el muro de azulejos. Se esfumó en un brillo.

Recogí la toalla, la puse en su lugar, apagué la luz, regresé muy despacio mientras pensaba qué le diría a Cristina.

## Sólo después

Al levantar los brazos hundió la cara en las cobijitas y aspiró la fragancia de talco y jabón. Las acomodó en la caja cuidando que no hubiera arrugas. Regresó a la cajonera y sacó camisetas, pañales, chambritas. Dobló las prendas y las fue ordenando encima del mueble, en columnas disparejas que se torcían. Cuando los cajones quedaron vacíos fue llevando a la caja los estambres y las telas, cuidando que no quedaran huecos y que cada capa fuera uniforme.

Cerró la caja trabando las hojas de cartón. Tomó el mecate y lo pasó cuatro veces porque era muy largo, hundiendo en la cama una rodilla para ladear el bulto y deslizar la cuerda. Hizo varios nudos, más de los que hacían falta. Luego alzó la caja un poco, tomándola del cordel, para ver cuánto pesaba. Corrió las cortinas y se sentó en el piso, de manera que la cabeza quedó tan cerca de la caja que le habría bastado bornearla un poco para que descansara en ella. Pasó un rato antes de que los ojos se le habituaran a la oscuridad. Sólo después, mucho después, comenzó a llorar.

## Esquirlas

Saltan astillas de cristal, congeladas. Palabras que no hemos dicho. Me siento como si estuviera perdiendo suelo y no terminara nunca de caer. *Ya párale. ¿A quién quieres hacerle eso?*, me dice y yo sigo picando hielo. Me saltan a la cara las esquirlas y me siento viva. Alzo los ojos y le miro alivio en la mirada. Cree que voy a decir lo que él no se atreve. Ninguno habla. Sólo las miradas. *Más vale que te vayas*, quisiera oír. *Fuiste tú quien lo dijo*, me diría luego. Pienso en viajes, encuentros, paso ligero. En la mueca con que él sonrío veo las colegiaturas, los seguros, el carro, la renta, las tarjetas. Se acaricia la entrepierna; todo para la puta que venga con él. Y guardo las palabras. Me dejo envolver, arrullar, embobar por nuestras mentiras.



## Duelo

Cuando supo que a don Pedro tuvieron que enterrarlo en la sierra y no lo volvería a ver, hizo doña Beatriz tales extremos, sufrió tales desmayos, dijo tales cosas, que la tuvieron por loca. No comía ni dormía. Días y noches lloraba a gritos. Pisos, muros, cielos, muebles, cortinas, candiles, todo lo tiñó de negro. No admitió consuelo ni dejó que nadie mencionara el nombre de Dios:

-¡Ya qué mal me puede hacer!

Comenzó a llover en septiembre, fiesta de Nuestra Señora, muy recio aquel día y los otros. Una noche bajó del monte una avenida tan recia que derribó casas. Al ruido despertó doña Beatriz; con once criadas se encerró en sus aposentos, pues no quiso ir al oratorio, que no era de tan firme construcción. Fue muy gran desdicha, sin embargo, pues el agua arrasó la casa, si no es por la capilla que, dicen quienes lo recuerdan, quedó firme en pie.

## Vidas paralelas

Como todos los días, Guadalupe le había tomado la delantera. Ahí estaba el hueco en la cama. Becas, ascensos, aumentos, mejores opciones... Así había sido su vida. Lo despertó del ensueño el timbre del teléfono. Escuchó, como cada mañana, la voz apurada:

-Te dejé café. ¿Lo tomaste? ¿Metiste a lavar la ropa? ¿Tienes hoy clases? ¿Sacaste la basura? Llego tarde, ¿te acuerdas? Luego te hablo. Me faltan unos detalles... El *power point* me saca de onda; nunca sé si va a jalar.

Terminó de vestirse. El café se había enfriado. Escuchó un leve golpe en la puerta. Imaginó la mano fina, el cuerpito justo, los ojos como de agua puerca. Antes de abrir, adivinó la voz vacilante, fingidamente tímida:

-Ya hice los cambios que me sugirió, doctor. ¿Podemos verlos?

## Esperanza

La cama era estrecha y alta, con barandales. El hombre estaba boca arriba, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás porque le estorbaban las sondas que le entraban por la nariz.

A su lado, una mujer lo miraba sin que él pudiera verle el rostro, pues ella estaba de pie, con la ventana a las espaldas. De vez en cuando, la mujer le pasaba la mano por la frente o le ponía dos dedos en la muñeca del brazo que no tenía el catéter. Lo hacía sólo porque estaba nerviosa, porque no sabía qué hacer con las manos, pues no tenía ni idea de cómo tomar el pulso. El hombre hizo algún intento de hablar, pero lo dejó en una mirada de angustia, o tal vez sólo interrogante.

-Ahora que salgas –contestó la mujer esquivando su mirada, aunque él no podía verle los ojos- vamos a regresar a Cuyutlán. Vendemos los terrenos de Uquío y nos vamos a la playa.

El hombre cerró los ojos, tranquilo o cansado o adormecido aún por la anestesia; la mujer le tomó una mano y siguió hablando:

-Te voy a tender una hamaca en la terraza para que duermas la siesta. Y en las tardes, cuando baje el sol, nos vamos a pasear a la playa, descalzos...

La respiración del hombre se hizo acompasada. La mujer le soltó la mano con extrema suavidad y la cubrió con la sábana.

-...hasta que el cielo se llene de estrellas y el mar retumbe sin que podamos verlo.

La mujer se apartó de la cama y se quedó muy quieta hasta que estuvo segura de que el hombre dormía. Entró al baño, cerró sin ruido, encendió la luz, tomó las toallas, encajó en ellas la cara y comenzó a llorar.

## Mujer de agua

*Para Judith y para Ana*

Me contó Judith que, según dice Ana Clavel, un día los cazadores de una tribu soñaron que una mujer dormía en el agua. *Soñaron que la forzaban y que ella, sin despertarse, respondía a sus caricias y a su violencia.* Cuando amaneció, los hombres buscaron y, después de muchos días de camino, llegaron a un valle rodeado de volcanes. Entonces la vieron: una mujer de agua dormía en medio de un lago; cuando creyeron tenerla, *sólo tocaron el agua cristalina.* Entonces la invadieron: *lenguas de tierra y argamasa penetraron las aguas, barcas afiladas rasgaron los canales, palacios y chinampas flotaron como besos.* Los cazadores se volvieron pescadores. En las noches de luna lanzaban sus redes para *apresar a aquella mujer de plata* que brillaba en el agua, y siguieron haciéndolo hasta que secaron el lago. Lo que Ana no dice, ni Judith me cuenta es que un día de cataclismos volverá la mujer de plata y pondrá de nuevo el lago en su lugar.

## Domingo

María aspira el vapor que desprende la taza; luego comienza a tomarla a sorbos; la primera del día. *Me separaste de ti sin tomar en cuenta que me habías dado el jardín de mi cuerpo.* Se quema, pero insiste. Sopla sobre la superficie oscura y vuelve a acercar los labios. *Retiraste tus manos y me dejaste sólo las palabras. Un día te miré a los ojos y comprendí.* Desde la ventana abarca la ciudad ceniza, inmensa y triste. *Reflejos dudosos en la memoria; eso tengo.* Se mira en el cristal, vacía de ella misma. Marca un número, pero cuelga sin dar tiempo a que respondan. *Los lunes son extraños. Eres una sombra de otro tiempo.* María vuelve a llenar la taza, se acomoda el cabello, enciende el televisor. *Sólo tengo mi voz para buscarte. Eso tengo, no más. Mañana será lunes, pero los lunes son largos, enemigos. Los lunes siempre llueve.* María aparta la taza y se inclina sobre la mesa.

# Frida

*Para Emmanuel Carballo*

Frida me gustaba porque tenía los ojos rasgados. Porque su cuello era largo. Porque usaba trenzas. Porque ya se le dibujaban las nalgas y se le quebraba la cintura. Frida me gustaba, sobre todo, porque era mala. Era perversa, todo el tiempo; hubiera o no razón; estuviera de malas o de buenas. De noche, al fondo del patio, Frida ponía los ojos en blanco, se llenaba la boca de espuma y decía que tenía dentro un diablo. Mis primos y yo salíamos corriendo. En el corral, de pronto se revolcaba, se despeinaba, se arañaba gritando, hasta que llegaban mi tía, o mi madre, o la abuela. Frida nos acusaba de que le habíamos pegado. Nos castigaban. Frida le sacaba los ojos a un pollito, lo ahogaba en la pileta y decía que había sido alguno de nosotros, que nos había visto. Nos castigaban. Alguna vez Frida se me fue acercando, sus ojos en los míos, el aliento entrecortado. Su lengua era fresca y quemaba; de pitahaya y arrayán.

## Liliana

Estaríamos en segundo. Yo me sentaba atrás, se las jalaba; Liliana se volteaba, sonreía, me miraba con ojos pícaros. Sus trenzas eran las más bonitas. Yo le daba la mitad de todo: galletas, refresco, una manzana. Un lunes mamá me puso un chocolate. Pasé la mañana esperando el recreo. Nos sentamos en una banquita, al fondo, Liliana con sus ojitos negros, sus trenzas, sus manitas que movía de un lado a otro para hablar. La maestra me pidió que la ayudara a mover una maceta y yo le di el chocolate a Liliana para que mientras lo partiera. Yo quería que viera lo fuerte que era. Ni tres minutos tardamos. Al terminar, sacudiéndome el polvo, di media vuelta e inflé el pecho. La dulce, suave, pequeña Liliana se había comido el chocolate entero. Nunca volví a darle nada, ni la volví a besar.



## Una lavandera

De la brasa del puro se alzaba una espiral ceniza mientras yo pensaba en el tiempo que pasa. En la azotea de enfrente, dos o tres pisos abajo, a la luz de un foco una lavandera refregaba, tallaba, sacudía, exprimía, iba acomodando las prendas en una tina de estaño. En aquella luz desvelada era lo único despierto –y el humo que me subía por la cara–. Sus brazos eran incansables. Iban y venían las manos, sacando de la ropa las marcas del trabajo, de los cuerpos, de los días. Salpicaba la lavandera y le brillaban los cabellos, constelados de estrellas, de espuma, de cristales. Mis ojos en la noche la miraban. Yo no oía el rumor de la ropa en sus manos. No oía su canción.

## Fusilamientos

Recuerdo cuando en el once casi me fusilan. Con los Mata y con el negro Plácido caímos prisioneros. Los capitanes enemigos, Baisa y Pacheco, ordenaron a cuatro hombres que nos pasaran por las armas. Y entonces empezaron: Baisa no quería que me fusilaran; Pacheco me quería muerto. Discutieron tan recio que por poco se dan de balazos. Se impuso Pacheco. Vi caer a Jorge Mata. Después a su hermano Pedro. Seguíamos Plácido, y luego yo. Pacheco iba a dar la orden cuando Baisa me gritó “¡Monta y pélate!” Con agilidad propia de los años juveniles, de un salto monté un caballo que se hallaba a corta distancia y emprendí veloz carrera, entre los breñales. Alcancé a oír la descarga. Después supe que, a un lado de sus buenos sentimientos, por aquellos días, dicen, el capitán Baisa y mi madre... no hacen falta detalles.

## Fin de año

De niña, pasábamos las navidades con los abuelos. De mis seis tías la que menos hijos tenía, tenía nueve, y la campeona diecisiete, así que hagan cuentas. Nosotros éramos sólo tres, mis dos hermanos y yo. A mí me daba vergüenza. Una vez, siete u ocho años tendría, nos juntamos todos. La mesa comenzaba en el zaguán, cruzaba el patio y la cocina y terminaba en el corral –gallinas, guajolotes y un borrego-. Los abuelos a la entrada, para ver quién llegaba; los más chicos al fondo. Lejos de los mayores, organizamos un concurso para ver quién bebía más vino. No recuerdo detalles. Acabamos bajo la mesa. Al día siguiente lo que menos importaba era lo que había traído el Niño Dios. Fue la primera borrachera. Si me acuerdo, me duele la cabeza.

## Celos

A Ruth la hicieron feroz los celos. Lo descubrí mucho después. Ella sabía cuánto había yo amado a María; todos lo sabían; no había forma de negarlo ni olvidarlo ni disimularlo –aunque yo nunca hablara de ella y hubiese guardado sus fotos y dejado de usar la ropa que ella me había comprado–. Ahora que estábamos casados, Ruth fue envenenándose. Comenzó por exigir que no hubiera ningún rastro de María. Y ella en persona se encargó de hacerlo. Un día la sorprendí quebrando, minuciosamente, un juego de copas. “No me gustan”, me dijo. Cambió muebles, cuadros, cortinas... pintó la casa con saña. Taló el liquidámbar porque creyó que María lo había plantado. De nada servía negarlo, ni recordarle que María había muerto seis años antes. Me despertaba frenética: “¡Estás soñando con ella!”, gritaba.

## Lejana

En un rincón de la fonda, un hombre inclinado sobre la mesa aparta el plato que tiene enfrente, sacude las migajas, da un trago largo a la cerveza que acaban de llevarle, aspira el puro que está fumando, deja que el humo le envuelva la cabeza, saca del bolsillo una libreta de piel, toma una pluma, busca una hoja en blanco, se hace a un lado para aprovechar la luz dudosa de una lámpara que cuelga sobre su cabeza y escribe:

Nada nos separa, así no estés aquí ahora. En la ciudad muda, extraña, vacía. Cuento las horas. Digo por dentro *Lejana* y te miro de frente, tendida a mi lado. Cuento los días que han sido nuestros; no tuyos ni míos, nuestros, sostenidos en vilo por tus brazos y los míos. *Lejana*, digo y me lleno de tu risa. Así te llamas ahora, *Lejana*. Acaso eres tu voz. Acaso tu sombra que me sigue.

## De perdida

Nina es un encanto, ¡oh, sí! Un alud, un tsunami, un vendaval. *Volcánica*, me digo y vuelvo a seguir sus *jeans*, que la dibujan en el grado justo en que aún la conservan elegante, y veo cómo los botines que acaba de comprar –¿nueve, doce, quince zapaterías revolvimos?– le marcan el juego de la cintura en los pasos firmes y voraces. Porque ahora Nina quiere una tira de encaje que haga juego con la que le regaló su madrina hace un año y tornamos –por tercera vez– a la tienda aquella donde encontró las velas con aroma de canela porque, dice, cree que vio... pero en el camino descubre un aparador que se le había escondido y mientras entramos me da las bolsas que trae porque le hace falta tener libres las manos. Yo las recibo haciéndoles lugar entre las que llevo y me derrito de celos y me digo lo bueno que sería que Nina me deseara con esa pasión, ese empeño, ese frenesí... No me engaño: para eso haría falta, de perdida, ser un mantel.

## Placeres

No quiso ver el espejo ni el reloj, despintarse. Se tendió en la cama, puso el cenicero a un lado, encendió un cigarro con los ojos abiertos a las tinieblas, al espacio claro de la ventana llena de la inmensa higuera; a las siluetas y los reflejos conocidos del sillón, la cajonera, los marcos en los muros. Me gusta la lluvia, dijo o pensó que decía. Me gusta cómo huele cuando llueve. Me gusta el mar –y dejó el cigarro en el cenicero para oprimirse los pechos, para sentir con las yemas de los dedos los pezones lacios. Me gusta dormir, encerrarme en mi cuarto, no salir de la casa. Me gusta ir de compras, estrenar vestidos y zapatos –pero eso lo dijo o lo pensó como si quisiera esconderlo. Me gusta ver a mis amigas, platicar con ellas, caminar con ellas. Me gusta fumar –tomó el cigarro, lo aspiró como si quisiera consumirlo de una sola vez-. Me gusta beber –y de nuevo pensó que lo decía o lo pensaba un poco a pesar suyo. Me gusta el viento –y volvió a dejar el cigarro, a rozarse los pezones endurecidos; bajó la mano para buscar al través de la tela la cicatriz del ombligo, cruzó el otro brazo sobre la cara. Me gustan las nubes, los

cerros desnudos. Me gusta bailar, estirarme, sentir mi cuerpo –y los dedos arremangaron la falda, se hundieron en esa humedad que le iba creciendo mientras ella apretaba los dientes, suspiraba, doblaba las rodillas, cerraba las piernas, curvaba el tórax hacia atrás y hacia el frente, olvidaba las palabras, ahondaba su ansiedad en una oscuridad creciente, buscando una chispa, un brillo repentino, el golpe de un relámpago que la hiciera gritar.



## Teresa

Todo, todo lo habría dado por unir mi vida con la de Teresa. La esperaba en el auto, a cuadra y media, entre su casa y el metro, y fingía que nos encontrábamos por casualidad. Más allá de las primeras dos o tres veces, ella tiene que haberse dado cuenta de que yo estaba ahí esperándola. ¡Buenos éramos para engañarnos! La mutua sorpresa de encontrarnos; mis explicaciones –casualmente me había bajado allí a comprar cigarros, el periódico, una medicina–; que tuviera tiempo para llevarla a su oficina (en esta ciudad...! Y no era su figura imponente, su cabellera de cobre, su aroma de espliego lo que más me cautivaba, sino su desamparo aparente, su equívoco apartamiento, lo que yo suponía su soledad.

## Narices

“La estupenda, aventurada, desmesurada nariz –el brazo de una grúa, el espolón de una galera, una sonda lanzada al espacio- avanza sobre los azucarados vapores del capuchino...” –escribe el joven de la sudadera naranja, en una libreta, mientras la muchacha, tres mesas más allá, escribe en un sobre de correo-. El muchacho lleva adelante la descripción, sube y baja los ojos para recoger rasgos que se le agolpan: las uñas pintadas de blanco, el cabello en-sortijado, los brazos desnudos, la voz extrañamente grave con que llama al mesero... la joven da la vuelta al sobre, sigue escribiendo, mientras el de naranja mantiene la pluma en alto, indeciso, desconcertado por la nariz, enorme y bellísima, que apunta hacia el papel. Guarda él la libreta en un bolsillo del saco, dobla ella el sobre y lo mete en la bolsa. Se cruzan las miradas: punto final.

## Tres velas

Un día, un hombre que traía tres velas llegó a un pueblo donde había una mujer que no quería casarse. Encendió la primera con el primer lucero, y a la mujer le gustó cómo ardía. Le dijo a su peón que la comprara. “No la vendo –dijo el hombre-. Si quiere se la regalo, pero sólo si me deja tomarle las manos”. Y ella estuvo de acuerdo.

Luego el hombre encendió la segunda vela, que tenía mejores luces, y la mujer mandó a su peón por ella. “No la vendo –dijo el hombre-. Si la quiere se la doy, pero que me deje tocarle las piernas.” Y la mujer dijo que valía la pena.

Después el hombre encendió la tercera, tan brillante que los gallos creyeron que era el Sol. “No está en venta –le dijo al peón-. Si tu ama la quiere dile que me deje tentarla desde los pechos hasta donde empiezan las piernas.” La mujer estuvo de acuerdo y se encendió. Entonces el hombre la subió a su mula y se la llevó.

## Ruth

Cuando cuatro o cinco o seis años antes murió María, mi atribulado corazón quedó embotado. Me abismé en el trabajo. Y no fue difícil, porque la compañía estaba endeudada, el país en quiebra, el dinero y los clientes desaparecidos: hizo falta talonear más que nunca; me quedaba a trabajar más tiempo que nadie. No me di cuenta en un principio. Si alguna tarde llegaba a mi despacho con una taza de café, o se sentaba frente a mí a platicar, o me preguntaba si había visto tal o cual película, yo lo tomaba como una mera atención. Supe que era otra cosa aquel sábado en la mañana –la oficina casi desierta– en que cerró la puerta con seguro: “No me importa que me corran” –me dijo Ruth.

## Peregrinos

Sebastián acató sin entusiasmo la orden de su madre. No quería ir a la ciudad, con la abuela, como cada año, a ver a Nuestra Señora. No le gustaban las apreturas ni los tumbos del camión; no le gustaba ir entre tanta gente; no le gustaba dormir donde se pudiera... Al bajar del camión formaron una hilera y empezaron a aventar cohetes. Al llegar al atrio vieron que otra procesión venía, por la otra calle, envuelta en polvo como la de ellos; al frente, un elefante –enjoyado, penacho de plumas– se contoneaba al ritmo de la banda –pelucas, redondas narices rojas, zapatones como lanchas–, y luego caballos, malabaristas en zancos, fieras enjauladas. La vio de pie en el elefante, como una hojita de oropel, morenita, espigada, delicada, con mallas de trapecista. No volvió. A saber dónde anda Sebas, con el circo, de peregrino.

# Lunes

*Para Norberto de la Torre*

El principio del día –pensó Anacarda, o no supo si lo había leído– se puebla con las bestias que libera nuestra condición de condenados a la tumba. Hoy es lunes –se dijo–. Es la hora en que los sueños salen a buscar un sitio para recuperar la noche: el aire huele a sangre y a brasas. Las sombras avanzan sin ruido. La ciudad está muda. Se oye sólo una campana, pero no sé –se dijo Anacarda– si en realidad la oigo o está únicamente en mi memoria.

Se sentía testigo del progreso inevitable del llanto y el desastre. Se sentía obligada a hacer el recuento del naufragio. Pensó en las calles de la ciudad, en las ruinas que son los edificios apenas construidos.

Quiso rescatar palabras que la gente olvida, limpiarlas, sacarlas al aire, vestirlas de sentidos. Pero sintió que era mejor el silencio. Recordó que en la fuente de la Plaza de Armas había un surtidor de arena: pensó que en ese lugar nacía el desierto.

## Mejor así

¡Fue tanto tiempo! Sufriste siempre, ¿quién podría decir otra cosa? No estoy segura de que Elvia te maltratara, quiero decir, que te golpeará o algo por el estilo, aunque dicen que sí llegó a hacerlo. En todo caso, a mí no me consta. Pero ese estar siempre relegándote, haciéndote a un lado para darle todo a sus hijos. Ese ningunearte todo el tiempo, tú no sabes, tú no puedes, tan tontita que eres, más bien feíta, ¿no crees? Ese vestirse siempre con lo primero que encontrara, ese no cumplirte nunca tus deseos, jamás darte lo que pedías. Hasta que ya no pediste nada. Te conformabas. Todo iba para tus hermanos. Bueno, no sé cómo decirles, los hijos de Elvia. Y cuidado que fueras a quitarles algo, a pegarles, como hacen los niños. Y ahora la muy hipócrita llora. Se deja abrazar. Yo no voy ni a acercarme. Mejor que así haya sido. Así que me alegro. Me alegro por ti. Ahora ya nadie podrá lastimarte.

## Sirenita

Anacarda aspira el cigarro como si quisiera meterse el mundo en los pulmones. Entorna los ojos, echa atrás la cabeza, sirenita de arena, dice, duerme, duerme, y abre la boca apenas lo que hace falta para que yo vea sus dientes, para decir va y viene el mar, tu peine de arena, tus ojos de arena, tus cabellos de arena, y dejar que el humo vaya cayéndosele de los labios púrpura para rodearle la cabeza, subir sin prisa, como si no quisiera dejar la boca de Anacarda, las encías de Anacarda, la lengua de Anacarda, como si buscara untarse su saliva, enredársele en los dientes, decir como ella no hay placer más completo, duerme, duerme que el mar, huerto perdido, mientras el humo sube despacio, despacio, despacio, va y viene tu peine por los cabellos de arena, mi vida, sirenita verde que se peina a la orilla del mar que se aletarga, que va y viene en la noche de arena, en la boca de Anacarda que parece ausente, que parece olvidada, que parece dormida.



## Cerritos

A Rubén le gustaba Cerritos, eso que ni qué, dice la viuda y agita las manos nacaradas. Decía que solamente allí podía escribir. Así que nos fuimos. No le importó dejar todo lo que acá tenía: trabajo, amigos, influencias. En Cerritos éramos forasteros. No le hacían caso. Sabían quién era, pero no lo estimaban. Vámonos de aquí, yo le decía al principio, pero él ensillaba el caballo y se iba por la sierra. Yo me encerraba a esperarlo. Regresaba tostado, sudoroso, la mirada intensa. Algo comíamos. Me leía las hojas que traía. La viuda me clava la mirada de piloncillo y enseguida la aparta, pensativa; vuelta hacia sus recuerdos se atraganta. Esos versos fueron los hijos que tuvimos. Los escribió a mi lado, me los leía antes que a nadie. Luego se me quedaba viendo. Ya no hablaba. Jugaba con el fute y yo lo obedecía. Una mecha alumbraba su cuerpo desnudo y yo me abandonaba. Entonces también yo quería estar en Cerritos, en ningún otro lugar.

## Lucrecia

Luego alguien habló de Lucrecia Rojas, nieta de Eligio el Manco, señor de tantas y tantas tierras, aquel que perdió la mano aquella vez, cuando sometió a los cañeros de San Miguel; aquel que, dicen, mató a Lencho, pero no el día en que Lorenzo quiso llegar con Lisa a La Escondida, cuando por fin se la quitó al marido y la llevó al Puerto, sino años después, cerca de Cerritos, porque se la tenía jurada. Eligio no conoció a Lucrecia, dicen, porque fue la última de las nietas y nunca se la llevaron. Lucrecia la agraciada, la bella, la divina Lucrecia, la más hermosa de la sierra. Quien llegaba a verla cómo podría olvidarla? Fernanda, su madre, desde niña quiso protegerla; no de los otros; de su propia vanidad. En la finca, en las casas de los peones, en la capilla arrasó con lunas, cristales, cálices, patenas... para que Lucrecia no pudiera ver su belleza.

## Una vida

De honesta, limpia y pobre cuna, nuestro expositor se vio a salvo de los peligros de la escuela. Muchos atribuyen a este accidente su supuesta lucidez. Obligado a trabajar desde tierna edad, fue en el mercado, a lo largo de años y gracias al papel periódico con que armaba alcatraces de garbanzos, habas y maíz, donde conoció la lengua escrita. Entrometido y curioso, tuvo a su alcance temas varios: los generosos escotes de los bailes en el Casino, las hazañas de Román en el *Laguna*, las intrincadas sumas y restas de las cosechas que lo habilitaron para que los granos rindieran más. Un día, cuando apuntaba hacia una próspera carrera comercial, se cruzaron en su vida los ojos de una niña. El muchacho quedó suspenso, el lápiz en alto, y en lugar de completar la suma escribió en el margen “un relámpago azabache”. “Ay, hijo mío -le dijo el patrón-, estás perdido: parece que vas para poeta”.

## Alguien vendrá

La mitad del día esperé verte aparecer, como aguarda un milagro alguien que no cree que sucedan. Del otro lado de la avenida el sol se desplomaba sobre las torres de cristal. Durante horas había llovido; se sentían el vago olor del barro y el paso de los automóviles.

De pronto surges tú, amada flor impura. Quiero decirte al oído, con voz a medias prestada, “A tu lado no vivo; miro por encima del tiempo”. Presentías – me lo dijiste ayer- esta luz, esta lluvia y la multitud en la calle. Y vuelven un recuerdo, una voz, una angustia. Ahora más leves tus cabellos, un puñado de plumas. Más deseada tu sombra, un puñado de hormigas. Más míos tus ojos, un puñado de arena. Y todo es tan claro, tan luminoso, tan ligero. Alguien vendrá, dices, y sabemos que está más cerca.

## Mamá

Como es más chica que yo, Evelyn sigue llorando mucho rato, horas digo yo. Estamos amarradas a la pata de la cama. Una cuerda para Evelyn, una cuerda para mí. Una cuerda fuerte, que no se troza aunque la mordamos. Me aprieta en el tobillo, y me lastima menos si no me muevo. Una cuerda un poco larga, para que podamos llegar al rincón donde hacemos nuestras necesidades. Antes yo también lloraba, pero ya no. Evelyn sí. Llorando se queda dormida. Estamos a oscuras, con las cortinas corridas, pero algo de luz llega por la ventana. Una ventila, más bien. Yo no lloro. Solamente la odio. Pienso en el parque. Pienso en las macetas de la abuela. Pienso en las niñas de enfrente, que van a la escuela. Oigo los ruidos de la calle. Luego pasa el tiempo. Entonces a veces lloro, porque ya casi es hora. Sé que de pronto va a abrirse la puerta y van a entrar juntas, la luz y esa mujer que quiere que le diga mamá.

## Casorio

¡Lo que son las desgracias, señor! Primero fue la muerte de don Matías, tan de repente, y luego el joven Alejandro, inmóvil se quedó. Lo trajeron de la sierra, ¡el mismo día!, que por unos gases que la mina desprendía. La boda podía haberse aplazado unos meses, pero la viuda de don Matías, la madre de Alejandro, no quiso discutirlo siquiera. ¡De palo fierro era aquella mujer! ¡De roca tenía las entrañas! Fue preciso guardar lo que ya tenía la niña Tere y coser de nuevo el vestido, bordar otras sábanas, conseguir medias, velos, zapatos... De luto riguroso entró la niña a la iglesia: ¡una Dolorosa parecía! Y el novio en unas andas que dos amigos le armaron con los brazos. Negros los azares, negros los cirios, negra la ropa que cubría el lecho nupcial. Y mientras las primas mayores instalaban a Alejandro entre los almohadones negros, Teresita sacó unas muñecas que tenía bajo la cama, cubrió de besos sus tocas negras y se puso a jugar.

## Ausencias

-Riqui, el mayor, va para año y medio, y Ana hace dos meses... ¡Qué van a escribir! Con trabajos un telefonazo... Digo, yo soy la que les habla y, si tengo suerte, los encuentro: No... Sí... ¡Ay, mamá!... Estoy ocupada... –y la mesa estalla en carcajadas de nuevo mientras ella sonrío y vuelve a explicar lo vacía que está la casa sin los muchachos y alguien más cuenta cuánto les molesta a los hijos que vayan por ellos al antro, y allá en la cabecera una voz dice –hay mucho ruido, no se escucha bien– “...nosotros entrar por una... y salir ella por la otra, como si fuéramos...” y las risas, siempre las risas, un desahogo...

También tú te ríes, pero no cuentas nada, doblada en tu recuerdo, porque, aquella noche, aquella llamada, tú no puedes olvidarla, aquel súbito quedarse sin aire, aquel silencio, aquella ausencia de todos los días que han seguido...

# Junio

*Para Jessica Trejo*

Menuda, sonriente, pícara, esquiva, puso en mis manos una hoja arrancada a un cuaderno de escuela, doblada en cuatro, y salió corriendo. No pude recordar su nombre. Leí el recado al rato, a la salida, donde nadie me viera:

“Quisiera saber que estás muerto. Desde aquella primera vez que nos vimos todo me sabe a junio. Hasta las nostalgias. Aquí estoy en la calle, mojándome. Desearía que ya no hubiera lluvia, que ya no hubiera junios. Luego quisiera que tu piel y la mía pactaran; tengo sueños infernales donde juntos nos destrozamos. He querido culpar a la vida, a tu pasado, a tu indiferencia, a mi manera de entregarme. Pero la culpa es de la poesía, porque la poesía está en el odio. Luego llega otra vez junio, llega otra vez la lluvia, llega otra vez esta necesidad de soñar contigo para odiarte cada vez más.”



## 20 centavos

Por veinte centavos –eran otros tiempos-, uno podía entrar a la carpa y oír lo que decía el dueño de la feria. Un hombre de botas, vestido de negro; gordo y tuerto:

-Cuánto tiempo llevas ahí encerrada?

-Ya perdí la cuenta.

-¿Y qué comes?

-Gusanos, bichos, chinches, puras porquerías.

Chico y Pilates hicieron gestos de asco.

-¿Qué hiciste? ¿Por qué te castigaron? Cuéntale al público.

Tenía muchas patas, cuerpo de araña, cabeza de niña, ojos bonitos. La rodeaban espejos para que se viera al mismo tiempo de frente y de lado, iluminada con foquitos, como letrero de botica.

-Diles, para que aprendan.

El Pollo dijo que la vio en la calle y que tenía piernas, pero nadie le creyó.

Sócrates dijo que todo era un truco, pero no pudo explicarlo.

A mí me daban ganas de morderle los labios, que parecían ciruelas.

-Qué pues –dijo el hombre.  
La niña clavó en mí sus ojos de estrella:  
-Tenía malos pensamientos -murmuró.

## Monedas

Yo lo vi todo, pero no pude hacer nada. Mi hermano estaba sacando unas monedas del cajón de la cocina. Volvió a contarlas y las guardó en el bolsillo derecho del pantalón. Cerró el cajón con cuidado, despacito, para no hacer ruido. Luego dio media vuelta y se quedó petrificado. Recargada en el vano de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, mamá había observado el saqueo. “Es para comprar un cuaderno”, mintió. “Te lo iba a pedir”, volvió a mentir. Mamá lo miraba callada. El dinero no sobraba en casa. Los tres lo sabíamos. Yo estaba asustado porque a veces también yo iba al cajón y sacaba unas monedas. Para una paleta, para una rebanada de jícama, para unas papas con chile y limón. Mi madre no abría la boca. Gabriel metió la mano al bolsillo, para devolver la lana, pero mamá lo detuvo con un gesto. ¿Y para qué creen ustedes que yo dejo allí esas monedas?, nos dijo sin alzar la voz y se fue por el corredor para que no la viéramos llorar.

## Paulita

Ya estaba casi en los ochenta, pero pocas cosas le hacían tanta ilusión como platicar un rato con su esposo. Lo disfrutaba. Se sentía escuchada. Con él podía desahogarse, abrir su corazón. Le agradaba llegar a su lado. Barría mientras le hablaba, ya sin rencores, habiéndole perdonado absolutamente todo: la tomadera, las infidelidades, los maltratos, lo mucho que ella tuvo que hacer para sacar adelante a los ocho hijos que engendraron. Porque, vaya que luchó. ¿No hasta a un médico había formado? ¡Con lo cara que es esa carrera! Pero ella vendió piñatas, raspados, rebanadas de sandía, jícamas con chilito y limón, géneros... Qué no vendió Paulita. El sueldo de don Jorgito no alcanzaba porque era profe y porque era coqueto y bebedor. Le gustaban los claveles, y ella se los llevaba, rojos como la pasión. Antes de irse los acomodaba, que no estorbaran para leer la lápida.

## Vera

Mi abuela Vera murió cuando yo tenía trece años. Mis papás se habían ido a Morelia y me quedé con mamá Rosa, mi otra abuela, que vivía con nosotros. Vera debe haberse muerto un sábado, porque el domingo me puse aquella falda roja que me gustaba. Había amanecido de buenas. Nunca la quise, ni ella creo que me haya querido. Nunca un beso, un arrumaco, un nada. A mí me valió, la verdad. No sentí, la verdad, no sentí nada. Si se había muerto o no se había muerto, para mí era lo mismo. Mamá Rosa se me quedó viendo.

-Voy a la iglesia –le dije- y a comprar nieve y a dar la vuelta con mis amigas.

Yo tenía trece años. Y ella me dijo, asustada:

-¡Estamos de luto!

-¿De luto?

-¿No ves que se murió tu abuela? Mira cómo andas mientras ella está ahí, tendida.

Me solté a reír. Me la imaginé así como era, gordinflona, pintada, con sus mascadas, puesta al sol en el tendedero.

## Nocturno

Por la axila de Elizabeth bajaba una gotita clara. El marinero dijo que en sueños había querido extender la lengua para recogerla.

## Mediodía

Joaquín Armenta la vio venir desde el otro lado de la calle. Más allá de la funeraria, de la florería, de las nieves, de la oficina de Hertz y del tendido que tenía en el suelo una india que vendía yerbas para enamorar. La vio venir, como todos los días, con ese caminado que partía en dos el día.

Bien a bien, Joaquín Armenta no sabía dónde estaba el secreto de aquellos movimientos. Podía ser, se decía, que fuera el modo de lanzar los muslos al frente; o la manera de apoyar toda la planta del pie en la tierra, desde el talón hasta los dedos; o la forma que tenía de consentir el balanceo de las caderas, sin apresurarlo ni interrumpirlo ni prolongarlo, dándole la amplitud precisa, como siguiendo el ritmo de una musiquita sabrosa que llevara por dentro.

Joaquín Armenta la vio venir, con la falda negra y volandera que le ceñía la cintura como él habría querido hacerlo. Pasó tan cerca que le sintió el agua de aromas que se había puesto entre las tetas.

Pero esta vez Joaquín Armenta la siguió. Quince o veinte pasos detrás de ella. Le gustaba el meneo que llevaba. Le gustaba cómo apretaba las carnes. Le

gustaba la forma en que la brisa le alborotaba el cabello. Entonces, Joaquín Armenta pensó qué hermoso sería ser un golpe de viento. Sorprenderla en mitad de la plaza. Entallarle la albura de la blusa, estrujarle los pechos, rodearle la cintura, medirle las caderas, metérsele por debajo de la falda, enredársele en las piernas, subirle por los muslos, hacerle el amor. Y que ella siguiera sonriendo, entrecerrando los ojos, protegiéndose el cabello de la ventisca, caminando como si no pasara nada.



## Oscuridad

Abre más los ojos cuando llega al final de la escalera y recuerda la voz de mamá: “Que no te va a pasar nada; no seas tonta, arriba no hay nada”.

Trepa a gatas los últimos escalones, cada vez más despacio, arrastrando el cuerpo tenso, suspendiendo la respiración. Al final de la escalera la luz se va haciendo parda. Después ya no se ve nada. Se adivinan ciertos cuerpos, volúmenes quietísimos. Una claridad engañosa entra a medias en los cuartos y dibuja trapecios de ceniza.

Se detiene en ese preciso lugar donde la luz termina, y desde allí adelanta la mirada. “Que no seas tonta –recuerda-. Arriba no hay nada.”

Se sienta allí donde se tocan la luz y la sombra. Deja caer las manitas en la falda. Apoya en el muro la espalda fragilísima. Abre más los ojos. Lo ve entonces al frente, cómo crece, cómo se acerca, cómo la amenaza, encadenado a las sombras. Escucha su respiración, tan delgada que a nadie más llega. Comienza a llorar con un quejido ahogado para que no la oigan, para que su madre no grite, no suba y le

diga que ya sabe, que no sea tonta, que se calle, que se lo han dicho mil veces, que allí arriba no hay nada.  
Sólo su miedo.

## Travesura

Mis padres lucían severos, en el sillón de mimbre. Yo estaba de pie, junto a la puerta; tenía la mirada clavada en las puntas de los zapatos, raspadas, y me veía las rodillas, raspadas también. El padre de Laura habló un rato de negocios, de política y de las lluvias. De pronto, con tono grave, llegó al asunto que lo había llevado:

-¿Qué creen ustedes que hizo el otro día su Pepillo? Así como lo ven, imosquita muerta! Le pidió un beso a Laurita... en plena calle, cuando salían de la escuela...

-¿Será posible? –comentó mi padre y alzó las cejas.

-Hay que castigar a ese muchacho –afirmó mi madre y no tuve necesidad de verla para saber cómo me miraba.

-Déjame hablar con él –dijo mi padre y sentí los pasos de mi madre al dejar la sala. Cuando quedamos solos alcé la mirada. Algo serio quiso decir mi padre, pero dijo “es una niña linda” y le ganó la risa.

-Le di a cambio un dulce... Y fue en el cachete –alcancé a explicar.

## Una mariposa

Un día, una mariposa que veía bailar a las muchachas en la feria de Acatlán quiso probar esa manera de sentirse viva y fue a pedirle a San Pascual que le hiciera el milagro de vestirla de fiesta, darle un par de trenzas y cuerpo de doncella. Y el santo, que estaba de buen humor, le concedió el prodigio sin hacerse mucho del rogar.

Llegó a la plaza, pues, la mariposa, y todos los jóvenes hicieron a un lado a sus parejas y no quisieron otra cosa que bailar con ella. La mariposa nunca se había visto tan asediada, tan admirada, tan agasajada y, como a veces sucede con las muchachas que no saben llevar a cuestras su lindura, comenzó a engréirse y no quiso bailar con nadie. Hasta que el santo, que ese día estaba de veras de buen humor, decidió que hacía falta darle una lección. Comenzaron entonces a brotarle las alas, pues aunque tuviera cuerpo de muchacha y trenzas y estuviera vestida de fiesta, seguía siendo una mariposa, hasta que no tuvo más remedio que salir volando.

## Sean buenos

-Sean buenos –dice mamá con voz de ángel y nos tapa hasta las narices, nos revuelve el cabello, nos cubre de besos, nos hace cosquillas en la panza, nos cierra la boca con sus dedos fríos.

-No hagan ruido –dice-, no se levanten, no vayan a pelear –y vuelve a apretarnos las sábanas justito alrededor del cuerpo, vuelve a besarnos, a sacudirnos la cabeza, vuelve a suspirar.

Huele a perfume, mamá. Tiene los párpados brillantes, una blusa de encaje, una falda negra y larga que le marca la cintura.

La miro cuando se aparta. Oigo cómo clava los tacones en el piso. La miro cuando se vuelve en la puerta y con un gesto nos pone quietos. Veo cómo una de sus uñas de caramelo, se arrastra por la pared hasta encontrar el apagador.

La luz que guardan mis ojos me deja ciego. Luego veo la ventana, con las cortinas de selva; veo el bulto de mi hermano en la otra cama; veo la lámpara; oigo la llave que nos echa mamá. La oigo moverse fuera, cambiar de lugar alguna silla, poner un disco, sacar vasos o platos o ceniceros. Oigo en la calle un camión

que pasa. Luego siento cómo llega el elevador y una voz que no conozco y la risa de mamá.

## La mujer del manto

Iban pues, le digo, porque sucedió muchas veces, midiéndole con la vista la cintura, tras la mujer del manto y, llegados a la Alameda, allí donde parece que se acaba el pueblo, donde comienza a oírse el rumor ese que dicen que es de la cañada, luego se atrevían a darle alcance y la llamaban o apoyaban una mano en su hombro. Apenas ella se volvía, algunos al momento morían y otros quedaban sin conciencia y los menos alcanzaban a salir corriendo, tropezándose, huyendo a gatas, y gañían como perros apaleados. Y a lo que parece hubo sólo uno, según se cuenta por estos rumbos, y parece que no era de por aquí de Tierra Caliente, sino que venía de fuera, como tantos, por eso de las fiestas, que tuvo ánimo de hablarle y aun parece que, pero yo no estaba allí para verlo, le rodeó el talle con el brazo y le clavó la mirada y quiso besarle la boca descarnada... pero lo que pasó entonces es otra historia.

## Despertar

En la penumbra de la habitación, el hombre se reclinó sobre la mujer que había pasado la noche a su lado y la despertó besándola largamente en la boca, con los ojos cerrados. La sintió removerse en la cama, sorprendida y satisfecha; la escuchó gemir con un susurro apasionado; la abrazó con fuerza, buscando que el beso se prolongara tanto tiempo como fuera posible. Sin abrir los ojos reconstruyó en su deseo el esplendor de aquel cuerpo tantas veces amado. Finalmente se apartó. Abrió los ojos y le alisó la cabellera. La miró como si se asomara a un espejo. Vio en ella las canas, las arrugas, los ojos marchitos, la inextinguible pasión.



## El tajo

Por la orilla de la colonia pasa el tajo, casi siempre seco. Luego viene la temporada de riego y sueltan el agua. Se escurre todo el tiempo, con un ruido que no termina nunca, como el del bulevar. De noche, cuando los otros ruidos acaban, mientras me quedo dormido alcanzo a sentirlo. Luego me acuerdo de lo que me dijo Toncho que le contó su abuelo. Dice que allí por donde pasa el tajo antes había sauces en las orillas y la gente iba a pasear. Hasta que sucedió aquello de las dos amigas. Dos muchachas lindas, yo las vi en una foto en casa de Tere, que la tiene escondida pero me la enseñó. Las vieron saltar al tajo, abrazadas. Nunca las hallaron. Dicen que a veces salen, escurriendo agua. Lo invitan a uno a seguirlas, a nadar con ellas. Siempre juntas, como siempre andaban; para nada se apartaban. Hasta que dijeron que a una la iban a mandar fuera. Son ellas; se sabe por la forma en que cantan, como canta el agua. Yo me pregunto, despierto en la noche, si esto que escucho será su canción.

## Marina

Marina sonríe. Le veo los labios; acaba de pint rse-  
los. Viene por la playa con las narices fruncidas por  
el sol; con el bikini floreado, naranja y amarillo, que  
el resplandor de la arena le borra. Se detiene a unos  
pasos. Se vuelve hacia el mar con las manos sobre  
las cejas, como si buscara algo en el fondo del día.

Intento saludarla sin salir de la palapa, sin le-  
vantarme de la silla, sin apartar la vista de los vellos  
que le asoman a los lados de las flores. Marina no  
me responde. Da unos pasos como si se marchara  
y regresa enseguida, de nuevo sonriente, sin decir  
palabra. Cruza los brazos por detrás de la nuca y  
entrega las axilas al sol.

El ombligo de Marina parece el ojo de una cerra-  
dura, así que me pongo de pie y salgo de la sombra  
para buscarla. Siento la arena caliente, aspiro el  
sudor del día, oigo los tumbos, veo a Marina con su  
mirada azul.

-Ten cuidado -dice y sonríe, frunce la nariz y los  
labios-; soy menos que espuma -y se vuelve de plata  
mientras regresa al mar.

## ¿Qué pasa?

Había una mujer que cada vez que contestaba el teléfono no tenía jamás, ni por equivocación, la ocurrencia de decir algo así como qué bueno que hablas, qué gusto me da, qué rico es oírte, qué ganas de verte, qué se te ofrece, en ti estaba pensando... Y en lugar de eso lo que decía, con voz sobresaltada, o soñolienta, o distraída era ¿qué pasó?, y a veces, acaso, ¿qué pasa?, como si estuviera exigiendo un informe, pidiendo pruebas, solicitando documentos; como si esperara una revelación, una noticia, un comunicado, algo turbio y amenazante contra lo que más le valía ponerse en guardia de inmediato.

Y, sin embargo, mis dedos desesperados aprendieron a seguir a ciegas la ruta de sus números. La buscaba con tenacidad suicida; en su oficina, su casa, su celular... insistía a deshoras y volvía a marcar, una y otra vez, hasta que la escuchaba: ¿Qué pasa?

## Necesidad

Nos deteníamos en la farmacia, la papelería, la recaudería, la tlapalería, y en cada lugar, aunque todos la conocían, Refugito volvía a presentarse y pedía una misericordia para los pobres, por el amor de Dios. Yo ponía la caja que llevábamos encima del mostrador, y ponía cara de menso hasta que los marchantes se enfadaban porque no los dejábamos despachar y le echaban dentro unas monedas.

Al terminar nos sentábamos en la cocina. La vieja me pedía un vaso de agua, se quitaba los zapatos, sacaba una llavecita, vaciaba la caja en la mesa. Hacíamos montoncitos, los formábamos, los volvíamos a contar; me daba uno y los demás los guardaba. Refugito cabeceaba, iba cerrando los ojos, dejaba una frase a medias... Yo me cuidaba de no hacer ruido, de no despertarla. Cuando iba de salida, de puntitas, me alcanzaba su voz:

-No vayas a faltar mañana: hay muchos niños que tienen tanta necesidad.

## Una foto

-¿Ahí está? ¿No ibas a tirarla? ¡Te lo dije! -gritó Ruth, fúrica, con voz de puerca.

Y ¿por qué no iba a estar allí? Yo quería verla en ese lugar, cerca de mí. Me gusta abrir los ojos y encontrarme con los ojos de Anacarda, como si estuviera a mi lado. Apenas Rubén llegó a mi cuarto sin mirarme, como si yo no estuviera, supe lo que iba a pasar. Cuando llega así yo sé lo que va a suceder. Ruth se quedó en la puerta, apoyada en el marco, mirándome sin dejarse ver los hermosos ojos entornados, echando hacia adelante los pechos vencedores, moviendo la cabeza mientras Rubén entraba a la recámara, se deslizaba entre las dos camas, alargaba la mano y se llevaba la foto. Primero no quise llorar. Ya lo había decidido. Mil veces me dije que nunca volvería a llorar delante de Ruth. Pero apenas me lo repetí por dentro, para mí, sin mover los labios, se me rodaron las lágrimas y ella me vio.

## Flores

Por largo tiempo Rubén siguió visitando a Anacarda. Le llevaba flores, pero nunca me permitió acompañarlo. Salía tan temprano que alcanzaba a regresar antes de que yo me levantara; pero yo sabía a dónde había ido. Cuando nos encontrábamos para desayunar andaba ya en fachas, vestido de domingo, pero yo sabía que había ido de traje, pálido y solemne; que había hablado en voz baja, mirando hacia otro lado. Yo sabía cuándo había ido a verla porque luego me abrazaba fuerte, fuerte, y yo alcanzaba a oler las flores que había llevado. Rosas, porque ésas eran las que más le gustaban a Anacarda. Pero también nardos, lirios, alcatraces, girasoles, hierbas sin nombre. Luego apareció Ruth y Rubén dejó de visitar a Anacarda. Después Ruth exigió que le regalara flores, y comenzaron a llegar ramos grandísimos, desbordantes, de muchos colores, con moños; flores que yo no conocía. No me gustaban. Olían a carroña.

## Primera vez

-Aquí adelante, fíjate, en el segundo piso, allí donde están esos balcones de hierro forjado, ¿te acuerdas?

La mujer abrió la ventanilla y sacó la cabeza para ver hacia arriba, hacia donde señalaba el hombre, atento al automóvil de enfrente. Había mucha gente. La ciudad estaba iluminada para las fiestas. Música de marimba llegaba de los portales.

-No creo, Chato.

-Ni modo que no te acuerdes. Cenamos allí, mira, en el segundo balcón. Parecía que estábamos en la calle. Había una banda en la plaza. De allí nos fuimos a la cama.

-Chato, mira...

El hombre tuvo que frenar con brusquedad. Se estaba poniendo impaciente.

-Llevabas aquel vestido, ¿te acuerdas? El floreado.

Con el que estás en la foto de cuando el cumpleaños de tu hermana.

-Chato, estás confundido.

-No es posible. Te compré unas flores, ¿te acuerdas? Y te pusiste una en el cabello.

La mujer tenía húmedos los ojos.

-Chato, ésta es la primera vez que yo vengo a Puebla.



## Dos momias

Rita querida:

Espero que te encuentres muy bien. No sé en qué estés ocupada, pero me pareció que esto que te voy a decir no podía dejar de contártelo. Que Dios te bendiga. Tú sabes que te tengo siempre presente en mis oraciones. Hace ya varios días que quería escribirte. No me atrevía a hacerlo, pero finalmente me decidí, porque no puedo guardar por más tiempo este secreto. Tengo que decirte lo que vi aquel sábado, cuando terminaron las vacaciones y me regresé. Camino a la terminal bajé a la cripta de tu parroquia porque allí reposan los restos de mi madre y quería despedirme. Oí que había alguien en la sala del fondo y me asomé por si era gente conocida. Vi a dos mujeres, no sé quiénes eran, vestidas de negro, con unos cirios en las manos, arreglando unas flores a los pies de dos momias que estaban en sus cajas, recargadas en la pared. Una de ellas era un niño, no lo reconocí. La otra eras tú. Tu amiga que mucho te quiere y te extraña. Ana.

## Natalia

Yo estaba todavía en primaria cuando el escándalo. La que quería casarse era mi abuela materna, pero quienes lo armaron fueron los hijos del novio. La verdad, nadie debía haberse metido: los dos eran viudos, y ya estaban grandecitos. Cada año, Roque le ayudaba a mi abuela a montar el altar con las ofrendas para sus maridos, pues mi abuela enviudó tres veces. Se esmeraban con los moles y los chiles en nogada; con sus bebidas predilectas. Y nosotras no probábamos nada; decíamos que ya lo habían babeado los muertos. Si los hubieran dejado, la abuela se habría casado por cuarta vez. Pero los hijos del novio fueron tajantes. Creían que los iba a dejar sin herencia. Me habría encantado verla, a sus 77 años, la novia más bonita y alegre, y habría cantado en la boda, con toda la voz, como le gustaba. Me habría gustado gozar el berrinche de las otras pretendientas de Roque; creo que eran tres.

## Demasiado tarde

Bajé en el metro Etiopía, para acompañarla. Un jardín descuidado y una casa vieja, de piedra y teja, con una gran puerta de madera oscura. Ella vestía de rojo y negro, un collar de perlas. Tenía ojos alucinados. Su beso, cuando nos despedimos, me estremeció. Sentí en la mejilla sus labios húmedos, su aliento quemante, alguna palabra que ya no pronunció. Pregunté si podía buscarla. Nos vemos en la biblioteca, contestó. Me quedé a ver que entrara. Abrió la reja del jardín y alguien, desde adentro, le abrió la puerta de la casa. Traía anillo de casada. Me dijo que era un viejo que vivía encerrado; no le gustaba salir. Voy a seducirte el día que yo quiera, pero te haré mucho daño, me advirtió: un día me iré y no volverás a verme. Semanas después llegó toda de negro, triste y más linda que nunca, acinturada. Intenté besarla en la boca, pero me esquivó. Ahora no hay remedio, me dijo. Ya no tiene objeto. Ya es tarde.

## Dos semanas

Mi madre y mi tía Mara fueron preciosas. Desde chiquillas. Vivían en la sierra; mi abuela rentaba cuartos a agentes viajeros. Cuando Beatriz, mi madre, la mayor, cumplió trece o catorce años, mi abuela comenzó a temer por sus niñas. El abuelo era minero y andaba siempre en los montes. Mi abuela decidió irse a Durango. Una noche, ya tarde, un joven palestino que mal hablaba español le pidió alojamiento. La abuela le dijo que ya ni muebles tenía. Pero a ella le divertía su acento, y el muchacho la persuadió de que lo dejara pernoctar. Era vendedor y sabía convencer.

A la mañana siguiente, reflejada en el cristal de su ventana, donde él estaba peinándose, el muchacho vio aparecer a Beatriz. Quedó prendado. Corrió a hablar con la abuela. Lo único que quería era quedarse. Le ofreció una fortuna. Dos semanas, dijo la abuela, pero fueron varios meses. Aceptado el noviazgo, debieron esperar dos años para casarse; así dijo el abuelo. Finalmente hubo boda. Tuvieron siete hijos; yo soy la menor.

## Lágrimas

La niña, sentada en el piso, lo miraba con los ojos arrasados en lágrimas. Sólo lo miraba. Él hubiera querido que dijera algo, que gritara. Pero era tan pequeña. Le buscaba los ojos, nada más, y él le esquivaba la mirada. Apretaba los dientes mientras guardaba una camisa, algún calzón en la maleta. La mujer miraba hacia otro lado, como si no estuviera en el cuarto, como si no supiera lo que pasaba –nunca había estado donde debía estar-. Eso había sido muchos, muchos años antes, pero era ahora cuando, de pronto, lo recordaba. Y la angustia que sentía, el duelo, la desesperación no remediaban nada, no enderezaban nada, no mitigaban en nada el dolor del rompimiento. No con la mujer, que no servía para nada, sino con la niña, que era carne suya. Por el contrario, lo hacían crecer, y ahora también él dejaba escurrir lágrimas, borraba en el espejo al tiempo que recordaba.

## Delirio

¿Qué caminos seguirá mi memoria para olvidar? No quiero volver a dormir. No quiero volver a soñar. No quiero volver al auto. Mi marido va con náuseas en el avión porque vio la sangre de los niños muertos. Todo es de un intenso color blanco, como mi vestido de novia. Pero no estoy en Acapulco, no estoy en el auto, no estoy en el avión. Estoy en una cárcel por un crimen que no cometí, y la madre de los niños muertos me agradece que los haya matado, me dice que sus otros hijos ya no morirán de hambre. Ahora soy una niña con un auto de juguete que me compró mi tía Claudina, es decir mi prima, es decir mi hermana, es decir mi madre. No quiero dormir. Camino y todos me miran. Miran mi piel sangrante, mis piernas laceradas, es decir las piernas de los niños muertos, la piel de los niños muertos. Sé que ya casi amanece, pero sigo soñando, voy en el avión, no, voy en el auto, voy con los niños muertos que se ríen de mí. Llevo las manos llenas de monedas.

## Primero y Segundo

Decían que el Gran Espíritu envió a sus hijos, Primero y Segundo, con un costal, una gallina y un iguana. Cayeron en la Palma Primordial, que era todo lo que entonces había en la Tierra.

Primero hizo unos cortes en el tronco, recogió la savia y descubrió la tuba, el vino de palma. Y después de probarlo se quedó dormido.

Segundo abrió el costal y vio que tenía tierra y arena. Esparció la arena sobre las aguas y el iguana empezó a caminar con cuidado, hasta que vio que la arena aguantaba su hermoso cuerpo verde. En seguida el muchacho vació la tierra y la gallina empezó a escarbar y a sacar lombrices.

Para premiar la diligencia de Segundo, el Gran Espíritu envió a Solymar: ojos negros, talle ondulado como la Palma. Llevaba unos granos de maíz para comer, unos granos de cacao para comerciar, y tres barras de hierro para hacer cuchillos, machetes y azadones. Segundo y Solymar debían engendrar a los hombres, pero Segundo estaba siempre trabajando y Solymar, aburrida y despechada, sedujo

al iguana. Por eso los hombres, ni las mujeres, no  
somos perfectos.



# Índice

Una forma de agradecer	9
La estética del relámpago	13
De mujeres	31
Demonio	33
Carencias	34
Mariel	35
Sombreros	36
Irene	37
Al día siguiente	38
Acuclillada	39
Herminia	40
Tanto tiempo	41
Marías	42
Minerva	43
Claudina se decide	44
Caos	45
Flores blancas	46
Amores	47

Duelo	49
Rosas	50
Pesadilla	51
Al alba	52
Tiempo de calor	53
Sólo después	55
Esquirlas	56
Duelo	57
Vidas paralelas	58
Esperanza	59
Mujer de agua	61
Domingo	62
Frida	63
Liliana	64
Una lavandera	65
Fusilamientos	66
Fin de año	67
Celos	68
Lejana	69
De perdida	70
Placeres	71
Teresa	73
Narices	74
Tres velas	75
Ruth	76
Peregrinos	77
Lunes	78
Mejor así	79
Sirenita	80
Cerritos	81
Lucrecia	82
Una vida	83
Alguien vendrá	84

Mamá	85
Casorio	86
Ausencias	87
Junio	88
20 centavos	89
Monedas	91
Paulita	92
Vera	93
Nocturno	94
Mediodía	95
Oscuridad	97
Travesura	99
Una mariposa	100
Sean buenos	101
La mujer del manto	103
Despertar	104
El tajo	105
Marina	106
¿Qué pasa?	107
Necesidad	108
Una foto	109
Flores	110
Primera vez	111
Dos momias	113
Natalia	114
Demasiado tarde	115
Dos semanas	116
Lágrimas	117
Delirio	118
Primero y Segundo	119



*La estética del relámpago, de mujeres* de Felipe Garrido terminó de imprimirse en el mes de febrero de 2013 en Serna Impresos. En su composición se emplearon los tipos New Baskerville BT 11, 16, y 17 puntos. El cuidado de la edición estuvo a cargo del autor. Diseño de interiores y portada: Alejandra Escobedo.





